TEMAS SEXUALES



A. MARTIN DE LUCENAY

1'25 PTS.

los fueros del naturismo

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

59

A. MARTIN DE LUCENAY

LOS FUEROS DEL NATURISMO

Naturismo y sexualidad.—Papel social del culto al desnudo.—La vida en los campamentos de desnudistas.—Medicina natural. Sexualidad y deporte.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

la leche y sus derivados, huevos, miel, etc., y, por excepción, el producto de la destrucción de animales que, por constituir verdaderas plagas nocivas a la producción vegetal o de fieras peligrosas para la especie humana, pudieran ser utilizados para el abrigo de los cuerpos en las estaciones frías.

Claro es que la introducción de estas ideas se prestó a múltiples discusiones, puesto que ya implicaba la destrucción por el hombre de lo que Dios había creado. Pero, teniendo en cuenta que Alemania no es un país donde existan esos carniceros feroces—tigres, leones, lobos, etcétera—, las excepciones no tenían razón de ser, sobre todo cuando es posible utilizar otros productos tan naturales como la lana y el pelo de otros animales para atender a esas necesidades de la protección del cuerpo contra las inclemencias atmosféricas.

A partir de aquella fecha, otras sociedades se crearon en diversos países con el mismo fin. Los médicos naturólogos pensaron en la creación de una nueva farmacopea, y que no era más que el retorno a los métodos antiguos, es decir, primitivos, para la curación de toda clase de enfermedades. Si las enfermedades estaban en la Naturaleza, los remedios había que arbitrarlos dentro de la Naturaleza también. Entonces la Unión de Farmacéuticos alemanes inició una protesta, que encontró eco en sus colegas de casi todo el mundo. Eso de acabar con la "pucherología" iba contra los derechos lícitos de una clase, aunque la subsistencia de los métodos de la farmacopea científica atentase contra la vida de la Humanidad.

Se combatió al naturismo con tal saña, que hasta las más encumbradas autoridades de la Iglesia empezaron a invocar las razones de la moral y de la decencia para obligar a las autoridades a que tomasen medidas contra la difusión de aquellas ideas, en las que se amparaban todo género de inmoralidades. En efecto, como la influencia del clero era manifiesta y la moralidad "oficial" alemana bastante gazmoña, fracasaron las primeras tentativas de los naturistas, que hubieron de conformarse con que les aprobaran los estatutos como sociedad de vegetarianos. Mas tampoco paró aquí la cosa: los gremios de salchicheros y carniceros, especialmente de Francfort, se pusieron en contra de los vegetarianos; es decir, que no habría más remedio que someterse al capricho o a las conveniencias de los burgueses para poder vivir con arreglo a los gustos higiénicos y alimenticios de cada cual.

Pero pasó esa época de absurdas prohibiciones, y en Alemania se crearon numerosas sociedades de naturismo, cuyo punto de partida era el culto del desnudo. Claro está que, si con arreglo a las condiciones de

la vida, no era posible practicar en las ciudades el naturismo integral, en cambio, el campo ofrecía todo el magnífico escenario de la Naturaleza, no quedando otra solución sino adaptar a las necesidades económicas de la existencia la práctica de esas aficiones o convicciones. Y así es como se han llegado a crear verdaderas colonias desnudistas, es decir, naturistas, en las que sus componentes viven en el más íntimo contacto con la Naturaleza, lo que se hace compatible con las demás ventajas de la civilización, sin que por ello padezcan ni la moral ni la economía, beneficiándose, en cambio, la salud del individuo, como se ha demostrado por las estadísticas más exactas.

Se tiende, por lo tanto, a volver por los fueros de la Naturaleza, deformada por la cultura y la moral. Y esto se ha conseguido, en parte, por numerosas colonias de naturistas que, lejos de manifestarse, como se cree, en aspectos inmorales, representan el ejemplo vivo de la naturalidad más perfecta cuando a estas prácticas se asocian los recursos de la cultura, que no son incompatibles con la verdadera moral natural, puesto que la sexualidad, que es el "tabú" de las instituciones tradicionales, discurre por sus cauces naturales, constituyendo, al fin y al cabo, el resumen de esas perfecciones humanas que han querido lograrse por medio de procedimientos diametralmente opuestos, con lo que se ha logrado, lógicamente, todo lo contrario de lo que con tan buena intención se perseguía.

NATURISMO Y SEXUALIDAD

El vestido y la mojigatería.—Imaginación y visualidad.—Erótica y biología.—La decencia de los genitales.—La superstición como causa del pudor.—El desnudo de la mujer en la naturaleza.—El taparrabos como emblema de estado.—Evolución del vestido. Su naturaleza erótica.—Inmoralidad manifiesta de las modas femeninas.—El salto atrás.—El incentivo sexual.—Facilidad de habituarse a la desnudez.—Actitud de los dos sexos.

Cuando se contempla, por ejemplo, una fotografía reproduciendo escenas de la vida salvaje en la que los individuos viven completamente desnudos o ligeramente velados sus cuerpos por hojas o tejidos, los civilizados no tenemos el menor inconveniente en asociar a este espectáculo la idea del impudor y de la inmoralidad o, por mejor decir, del libertinaje sexual. No hace mucho tiempo asistí a la proyección de una película documental referente a la vida de un pueblo africano. Al aparecer en la pantalla un grupo de hombres y mujeres completamente desnudos y sin el menor velo en sus órganos genitales, una parte del público prorrumpió en rumores y exclamaciones cínicas alusivas al espectáculo sencillo y natural de unas gentes que no consideran que sea un atentado contra la moral el hecho de mostrarse lo mismo que les habían creado sus dioses tutelares.

Al hablar del pudor, hemos visto que este concepto—en lo que a la sexualidad se refiere—varía según el vestido. Es decir, que los pueblos que más se visten, son los más púdicos o, dicho de otra manera, los más mojigatos, y los que más estrecha relación establecen entre la ropa que oculta al cuerpo y las expresiones de la sexualidad. Cuando Moisés, que ansiaba la multiplicación de los israelitas, prescribió el uso del vestido, fué porque consi-

las relaciones, pues mientras nosotros encontramos oportunos cualquier día y cualquier hora, esos salvajes que van desnudos no se excitan menos que los civilizados, aunque sus excitaciones son mucho más biológicas que las nuestras, puesto que se relacionan con la procreación muchísimo más que con la erótica, "primun movens" intelectual de nuestro impulso consciente.

Entre los "bakairis", que habitan en las regiones del Brasil Central, la costumbre de vivir completamente desnudos hace que no se considere que en el cuerpo humano puedan existir partes reservadas o que deban ocultarse. A pesar de ello, cuando estos salvajes hablan de los órganos genitales lo hacen con cierto aire de broma o de picardía, unas veces porque la conversación se refiera al asco que producen las secreciones, y otras porque existe la certidumbre de que el abuso de los placeres sexuales coloca a los hombres en condiciones de salud inferiores a aquellos que sólo los usan de una manera prudente.

Cuando un hombre o una mujer quieren expresar el grado de parentesco que les une con otro se cogen los órganos genitales con la mayor seriedad, y sin que en ese acto pueda descubrirse nada indecente o grosero. Son movimientos y actitudes de una ingenuidad indiscutible. Se explica que los europeos vayan vestidos, por creérseles individuos físicamente inferiores. Un jefe indígena que hizo amistad con un etnógrafo le ofreció en matrimonio a una hija suya. Como no se entendieran bien, el padre hizo venir a la muchacha, y cuando estuvo cerca del etnógrafo desabrochó a éste el pantalón y cogiéndole el miembro viril se lo hizo aproximar a la vulva de la joven, con lo que le dió a entender su deseo de emparentar con el hombre blanco. Según refiere éste, el acto fué tan sencillo, que los indígenas no se extrañaron lo más mínimo. Después vino la presentación, por así decir, de los hermanos y hermanas de la joven, los cuales lo hacían cogiéndose recíprocamente los genitales con una mano, mientras se pasaban el brazo por la espalda.

Las mujeres acudían al río en cuyas márgenes acampaban los blancos, y mientras éstos atendían a sus trabajos, ellas se lavaban los genitales con la mayor naturalidad, introduciéndose los dedos en la vulva y llevándoselos después a la nariz, con el fin de comprobar que con el lavado había desaparecido el olor de las secreciones genitales.

Si alguno de estos indígenas usaban taparrabos y "uluris" (las mujeres) no lo hacían con el fin de velar los órganos genitales por un motivo de pudor, sino con el único objeto de proteger esas partes, según antes decimos. Puede asegurarse que cuando una mujer permanece en la aldea con el "uluri" puesto, o es que está menstruando o es que no se ha lavado aún, por lo que teme que el mal olor pueda causar asco, expresión elemental del pudor, y casi la única que puede advertirse entre estas gentes.

Ahora bien, no es posible demostrar que todos los pueblos salvajes observen costumbres sexuales cuya inspiración sea completamente normal. Pero es verdad también que, estudiando esas costumbres, nos encontramos con que la anormalidad o la relativa innaturalidad se basan principalmente en la intervención de elementos artificiales o, por mejor decir, que no son antropobiológicos, pero que tienen su repercusión en el área sexual. En algunos pueblos polinesios se cree—y no sin acierto—que las verdaderas fuentes de la vida están en los órganos genitales, pero que la facultad procreadora puede estar regida por determinados espíritus malignos o bienhechores, que ejercen su influencia benéfica o perniciosa sobre los órganos genitales.

Estos espíritus pueden albergarse en el cuerpo de un ser humano, de un animal, en una piedra, en un árbol, etc., bastando una sola mirada para determinar la esterilidad, los malos partos, la falta de leche, etc., en la mujer, así como la impotencia en el hombre. Y siendo la puerta de entrada de esos espíritus los órganos genitales, de ahí que se procure cubrirlos a todo trance para imposibilitar el acceso a tan perniciosos seres, que en determinadas condiciones pueden ser beneficiosos.

Estas creencias están fuertemente arraigadas en el criterio de estas sencillas gentes, que por nada del mundo descubrirían esas partes, hasta el extremo de que cuando tienen necesidad de evacuar una necesidad fisiológica o de efectuar el coito recitan algunas oraciones o voltean un palo en todas direcciones, a fin de ahuyentar a los demonios.

Tal es, originariamente, el motivo de cubrirse los órganos sexuales. Pero al mismo tiempo, comoquiera que en esas mismas partes es donde residen, al tiempo que las fuentes de la vida los manantiales del placer, resulta que en torno de dichas zonas erógenas es donde residen las primeras causas de la excitación se-

xual. Así, pues, no puede decirse que se trate de zonas púdicas específicas, sino que el pudor es la consecuencia de otras concepciones más antiguas.

El mismo acto de la defecación en la mujer y el de la micción en los dos sexos, aunque no resulten a los ojos de aquellos indígenas como sexualmente impúdicos, se les considera como indecentes y merecedores de la mayor discreción, lo mismo en virtud de lo que puedan tener de antiestéticos o repugnantes o maléficos como porque pueden producir excitaciones eróticas en vista de la absoluta prohibición que existe de exhibirlos, lo que no deja de constituir un poderoso incentivo de la sensualidad.

En otros pueblos, según Durkheim, sólo son las mujeres las que usan taparrabos desde el momento en que comienza la pubertad. Unas lo emplean para evitar que se adviertan sus estados menstruales (1), y otras por el temor de que sus secreciones vaginales, fuertemente olorosas, puedan producir en los hombres sensaciones de asco. Tal ocurre, como he tenido ocasión de comprobar, entre las indias paraguayas, las cuales, aunque usan una falda o, por mejor decir, un trozo de tela arrollado a la cintura, emplean también el "uluri" que he visto a las brasileñas.

Hay un interesante hecho etnológico que puede servir para explicar el uso del "uluri" por parte de las mujeres, pero que no se relaciona, principalmente, con la erótica, y es que en muchos pueblos las mujeres casadas lo emplean como signo de su estado, mientras que las solteras muestran los genitales completamente al descubierto para revelar su condición. Al mismo tiempo, como la mujer casada es considerada como una propiedad del marido, puede creerse que el empleo de tan sumaria prenda equivale a tanto como el antiguo cinturón de castidad, puesto que el taparrabos le parece al marido algo que protege a su propiedad contra un posible ataque de otro hombre. Por eso se considera

(1) En los pueblos en que la mujer menstruante es considerada impura, el uso del taparrabos está justificado por el deseo de las salvajes de ocultar su impureza menstrual. Las mujeres de edad, que ya han pasado de la época de la actividad procreadora y por lo tanto de la menstruación, siguen empleando el taparrabos con la ingenua pretensión o la curiosa coquetería de mostrarse apetecibles a los ojos de los hombres, extraña inmodestia que no se detiene ni en los límites de la edad.

altamente deshonroso que las mujeres casadas lleven los órganos genitales descubiertos, mientras que las solteras no tienen por qué cubrírselos, ya que no son propiedad de nadie. Mas al mismo tiempo, justo es consignarlo, también sería deshonroso para una soltera mantener relaciones sexuales con hombres, no por el hecho erótico en sí, sino porque ello la expondría a tener hijos sin padre, en vista de que la paternidad sólo se reconoce cuando ha mediado el casamiento.

Hay que observar al lado de estas costumbres—nos referimos a los pueblos de la costa del Níger—la existencia de la prostitución, fenómeno que se deriva, como entre nosotros, de la imperfección del sistema matrimonial y de la falta de libertad para las relaciones sexuales. Las prostitutas, en cambio, usan taparrabos; en este caso, la prenda no cumple la misión de un cinturón de castidad, pero en cambio se considera por los indígenas como un incentivo erótico de primera magnitud, ya que ese taparrabos suele estar confeccionado con mucha fantasía, a base de telas de colores, conchas muy blancas y brillantes, monedas y otros objetos, que tienden a llamar la atención sobre aquellas partes que se trata de ocultar, más que a ocultar dichas partes. Esta misma finalidad parece ser la razón que induce a los indios del archipiélago del Almirantazgo a colocarse sobre los genitales una gran concha blanca, que, verdaderamente, no oculta por completo los órganos sexuales, sino que llama la atención por su gran blancura, destacándose sobre el fondo negro de la piel y de la vegetación pilosa de la región púbica. El insigne antropólogo doctor Westermarck opina que muchos pueblos que, por lo general, van completamente desnudos, usan algunas veces cualquier adorno para taparse, aunque se demuestra completamente que sólo lo utilizan como medio de atracción. Al efecto, cita el caso observado por Lehmann de que las prostitutas de la tribu de los "salirhas" son las únicas mujeres que se cubren los genitales y otras partes del cuerpo, lo que hacen "para excitar por lo desconocido".

En otros pueblos donde las relaciones sexuales son libres, las mujeres solteras se sirven del incentivo del taparrabos y otros adornos para atraerse a los hombres, mientras que las casadas llevan sus órganos sexuales al descubierto. Esta costumbre es diametralmente opuesta a la de los pueblos anteriormente cita-

dos, explicándose la diferencia en virtud de la libertad de las relaciones sexuales.

Muy próximo al adorno por medio de prendas de vestir más o menos sumarias, pero que entre esos salvajes no tienen otra finalidad sino la de servir de estimulantes del apetito sexual, se halla la costumbre del tatuaje, asociada a la de la depilación de las partes sexuales. Entre los "maorís", estos tatuajes suelen ser muy bellos, constituyendo verdaderas obras de arte. Pero, por lo general, consisten en dibujos que imitan reptiles corriendo a lo largo de las piernas, cuyas colas están en los pies, uniéndose las cabezas sobre el pubis y en la raíz del pene. Otras veces, las colas de esos reptiles están en las manos y, enroscándose en los brazos, descienden por el dorso hasta el vientre, yendo a unirse siempre sobre la raíz del pene.

Ello demuestra que el objeto de los tatuajes no es otro sino el de llamar la atención sobre los órganos copuladores. Cuando los indígenas no poseen la cantidad suficiente para pagar este complicado trabajo al artista tatuador utilizan una arcilla especial, teñidos con colores vegetales muy vivos y brillantes, mezcla que utilizan para cubrirse el cuerpo y tramar adornos de distinto significado, pero que, por lo común, tienen un carácter erótico simbólico o real.

Pues bien, todos estos ejemplos, como se ve, no son más que variaciones en torno del significado erótico del vestido o, por mejor decir, de la ocultación del desnudo, que conduce invariablemente a producir, cuando menos, curiosidad o deseo de ver aquello que se cubre bajo pretextos de moral, como sucede entre los civilizados.

No es cosa de seguir paso a paso la evolución del vestido a través de todas las edades de la cultura, empezando por el hombre primitivo hasta llegar a la actual humanidad supercivilizada. Por otra parte, la introducción en el área de la sexualidad de esos elementos excitantes del vestido y el adorno, aunque no sea más que el sumario taparrabos o la crucecita que, por ejemplo, se hacen tatuar las jóvenes musulmanas sobre la barbilla, obedece al desarrollo de la cultura o de las ideas supersticiosas, que en muchos casos asumen los caracteres de una verdadera religión. Pero de todas formas, estos hechos, de inspiración diferente y a veces opuesta, se reflejan en la esfera erótica creando nuevas modalidades de excitación o de incitación, que al cabo de los tiempos acaban por convertirse en recursos de magnitud variable, sin los cuales no resultaría ese contraste que existe entre el verdadero naturismo y la civilización tradicional en lo que al sexo afecta.

El vestido, pese a su aparente moralidad, produce excitación sexual, porque tiende a acentuar o descubrir los caracteres sexuales que la moral estima que deben permanecer ocultos, y que por esa razón inspiran el mayor interés.

En la moda actual femenina aparece en toda su magnitud el carácter erotogénico del vestido, que empieza en la ropa íntima y termina en las medias de ancha malla, que no cumple otra misión que la de destruir el carácter poco bello de la pierna desnuda, que necesita del incentivo de la media transparente y fina para completar su sugestión erótica.

En este simple detalle se advierte un elemento antierótico que necesariamente debe extenderse a todo el desnudo. Pero si no se tiende a descubrir las partes más sugestivas del cuerpo femenino, la moda actual consiste en resaltar, en hacer más destacadas las formas, como se ve por las blusas ajustadas, que, ciñéndose al cuerpo, hacen que los pechos se acusen en su completa forma, sin que deje de advertirse el relieve del pezón y de la aréola, e incluso el tono obscuro de esos detalles.

Al mismo tiempo se suprime la higiénica costumbre de llevar los brazos al descubierto, porque su desnudez termina por no inspirar, lógicamente, la curiosidad o el deseo de verla. La falda corta, que dejaba al descubierto las piernas, fué una moda que pasó por las mismas razones. Los estúpidos que combatían la falda corta, calificándola de moda inmoral, no podían comprender que era bastante más inmoral alargar esa prenda, es decir, ocultar esos caracteres que un modisto, con peor intención que acierto, creyó oportuno descubrir, por aquello que dijo Vischer: "El furor de sobrepujarse en la "caza del hombre" es el más terrible de los incentivos que avivan la locura de la moda, sus desatinados cambios y sus despóticas imposiciones."

La tendencia actual, según los figurines vivos de la presente primavera, consiste en destacar y no en descubrir los caracteres sexuales más excitantes—pechos, nalgas, muslos, pubis—por medio de vestidos transparentes combinados con ropas interiores, en las que ciertos adornos, estratégicamente colocados, tienden

a evidenciar más y más esos caracteres, como son, por ejemplo, anchas rosas rojas bordadas en la camisa—está de moda el desuso de esta prenda—o en el "culotte", de forma que substituyan a la clásica hoja de parra, así como las mariposas, pájaros o flores bordados sobre el sostén y coincidendo con el relieve del pezón y la aréola, etc.

Esto es lo que los franceses denominan "retroussé", es decir, el afán de acentuar los rasgos de la forma que más directamente pueden producir una excitación, que en temperamentos ligeramente anormales impulsan al atentado sexual en formas que varían desde el brutal piropo callejero a la violación sádica.

¿Dónde está, pues, la moralidad del vestido?

Claro es que los moralistas no pueden tolerar estas audacias de la moda o, dicho con más propiedad, de la feroz lucha por el marido o el amante, que, a pesar de las corrientes de modernidad que permiten la emancipación económica de la mujer, no es posible que afecten lo más mínimo al dominio de esas explosiones del impulso sexual, tanto más agudizado en la mujer cuanto más poderosas son las armas de seducción que la cultura le permite esgrimir. Claro es que si investigamos en el fondo de esa actitud se demostrará que, ni con la cultura ni sin ella, la mujer no utiliza estos recursos de la moda para satisfacer sus anhelos específicamente eróticos, sino que los emplea con el fin exclusivo de complacer su vanidad o su coquetería, emociones que pueden tener un carácter indiscutible de sucedáneos sexuales.

Pero si de este semidesnudo o de esta hipócrita concepción del vestido no es posible esperar resultados halagüeños, menos eficaz sería el hecho de que los modistos se pusieran de acuerdo para resucitar las modas de principios de siglo, que fué cuando la mojigatería estuvo más difundida entre la humanidad civilizada. Entonces volveríamos a ser igual de mojigatos, es decir, mucho más hipócritas e inmorales, porque la mojigatería no es más que el afán de contemplar aquellas partes del cuerpo que más excitan los sentidos fingiendo una repugnancia que no existe, porque en el fondo palpita una terrible y oculta sensualidad, más próxima a la perversión que al concepto normal de la erótica y del deseo.

Si algunos moralistas de tipo fósil han propuesto el retorno a "los buenos tiempos", lo han hecho desde el vetusto pedestal de

su edad y animados por el recuerdo de aquellos tiempos en los que, si es cierto que se amaba al estilo ochocentista, también es verdad que las cifras de la prostitución eran mayores, y los estupros y las violaciones muchísimo más frecuentes que los adulterios.

Todavía, si en ese salto atrás se siguiese la evolución en su sentido inverso, después de pasar por la extraña locura psicoerótica de la caballería medieval y por los tiempos de Grecia y Roma, la humanidad volvería por los fueros del naturismo, base de la perfecta sexualidad que más interesa al prestigio de la raza, o sea cuando el desnudismo integral y la alimentación adecuada constituían el medio en que se desenvolvían aquellas razas de cíclopes, que nos legaron el testimonio de su fuerza en la multitud de monumentos pétreos que hoy sólo podrían construirse con el auxilio de poderosas centrales de energía eléctrica que accionasen gigantescas grúas titanes.

Pero en todo este caos de evidente inmoralidad del vestido actual, que no es más que un cínico desnudo propicio a las peores excitaciones, las gentes más morales, es decir, la más "naturales", son las que no se asustan ante el desnudo y las que practican el naturismo con todas sus consecuencias y en todas sus expresiones, bien seguros de que el mayor incentivo de la sexualidad está contenido en la ocultación obstinada del cuerpo humano, cuando en él no debe verse más que al ser natural, individual, lo mismo que en los cuerpos de otros seres animados.

Por otra parte, esa resistencia a aceptar el desnudismo como base de la mejor educación sexual del joven o del adulto se basa tanto en el concepto de la moral como en la falta de decisión o de disposición para aceptar el sistema, sin relacionar para nada el naturismo con la sexualidad, expresiones que son bien diferentes, porque para el hombre de buena educación lo sexual no pasa de ser una condición y suposición de la vida, algo naturalmente comprensible y hasta solemne, que no debe ser menospreciado, al mismo tiempo que en el desnudo completo ve sólo su necesidad y su valor higiénico y estético.

Ciertamente, a pesar de la existencia de todos esos prejuicios y reservas de que hablamos, puede asegurarse que el hombre civilizado se acostumbra a ver el desnudo femenino a los pocos momentos de recibir la primera impresión, siempre, naturalmen-

te, que al acto no se asocien fuertes ideas eróticas. Pero, aunque así sea, el hábito se adquiere con una rapidez maravillosa y con una facilidad absoluta, que contrastan con las primeras ideas restrictivas. Lo mismo sucede con la mujer respecto al hombre, y aun diríamos que con más sencillez, sin duda porque en este aspecto el pudor es mayor en el sexo masculino que en el femenino, aunque se trate de hombres acostumbrados al libertinaje.

Esto es lo que ocurre entre los artistas, aunque, es curioso observarlo, las modelos más acostumbradas a posar evitan en lo psible que las vean desnudarse, así como permanecer desnudas una vez terminada la sesión, en tanto que no asoma en su rostro el más mínimo rasgo de rubor, a pesar de que las estén contemplando muchos hombres, con tal de que haya uno solo que reproduzca su figura.

Puede, pues, asegurarse que el desnudo íntegro, sin el menor adorno, por regla general no produce excitaciones eróticas, a no ser que exista de antemano esa intención deliberada. Pero esto, que puede ocurrir entre un hombre y una mujer, no sucede jamás cuando los desnudistas son varios. La fuerza inhibidora de la excitación sexual en el hombre radica en el temor de que esa excitación pueda evidenciarse la forma natural, temor que no puede cohibir, en todo caso, a la mujer, puesto que los signos de la tumescencia no son visibles en ella como en el hombre, y siempre es fácil disimular esas emociones por intensas que ellas sean.

Luego, en resumen, la relación del desnudo con la erótica no es tan estrecha como se supone, y mientras ese desnudo carezca de cualquier prenda o simple adorno, el hombre educado, como el salvaje, no encontrarán en él esos elementos excitantes, que sólo surgen cuando por encima de la más elemental de las ideas morales se sobreponen la animalidad o la incultura...

PAPEL SOCIAL DEL CULTO AL DESNUDO

La mojigatería contra el naturismo.—Las relaciones sociales entre los "wagandas".—Las leyes de Licurgo.—La desnudez entre los espartanos.—El fundamento de la insinceridad en las relaciones sociales.—El desnudismo en las religiones.—Los Adamitas y el espíritu libre.—La imposición del vestido.—La elección sexual.—Concursos de belleza. Consecuencias del abandono del desnudismo.—La curiosidad infantil.—El dominio de los instintos.

El hombre que siente normalmente no tiene más remedio que comprender que la desnudez natural, es decir, el estado del hombre al nacer, sólo puede ser objeto de una absoluta y pura contemplación. Ahora bien: para "sentir normalmente" estas impresiones, sería preciso que las relaciones de los sexos no estuviesen controladas por el criterio que impone la mojigatería que ve inmoralidad donde no hay más que naturalidad. Luego lo primero que habría que hacer sería combatir a los mojigatos en nombre de la verdadera moral, para llevar al convencimiento de todos la realidad indiscutible, como ya se está observando entre los desnudistas de muchos países, que el concepto natural del desnudo debe convertirse en un lema absoluto del porvenir, como la suma de todas las finalidades higiénicas y éticoestéticas de la Humanidad pura.

Para comprender con exactitud las ventajas que estas costumbres tendrían en el aspecto social de la vida, sería preciso estudiar a fondo la psicología de los pueblos primitivos y de los antiguos civilizados. No cabe duda, según han demostrado los psicoanalistas, que todos los actos animales tienen un reflejo en el área sexual o son el producto de emociones o intenciones sexuales. No obstante, es preciso tener en cuenta las causas del desarrollo de las emociones de ese impulso, para comprender hasta

qué punto pueden aumentarse o disminuirse en relación con el concepto de lo moral o lo inmoral de la sexualidad.

Así, pues, si muchas facetas de la vida en general tienen un génesis muy estrechamente relacionado con la erótica, es lógico suponer que lo primero que debe investigarse es lo que afecta a las causas, con el fin de poder ejercer un control acertado en lo que a los efectos concierne.

Es posible, sin que haya lugar a la menor discusión, afirmar que en los pueblos donde naturalmente se vive en una desnudez completa, no existe el problema sexual planteado en los mismos términos a como nos lo encontramos en los pueblos que se visten, o, por mejor decir, que disimulan su desnudo. En algunas regiones del Africa Central, como entre los wagandas, por ejemplo, un hombre no debe mostrar sus órganos genitales al descubierto, porque ello sería tanto como provocar las iras del dios creador de estos indígenas, "único que puede mostrar los órganos que le sirvieron para la creación de la raza". El motivo de esa prohibición, cuyas infracciones se castigan siempre con la pena de muerte, tiene un origen exclusivamente religioso o mágico, puesto que la magia es una forma de la religión. Por esta causa, las mujeres, que pueden mostrarse absolutamente desnudas, sienten una atracción especialísima por los órganos sexuales masculinos, hasta el extremo de que esa admiración se traduce en el empleo de adornos y amuletos fálicos. Refiere un explorador que en una ocasión pasaba en unión de varios compañeros, también blancos, por las inmediaciones de un arroyo donde se estaban lavando unas mujeres. Estas no manifestaron la menor inquietud, y siguieron jugando en el agua. Pero a uno de los hombres se le ocurrió bañarse completamente desnudo, y entonces le rodearon todas las mujeres, fijándose únicamente en sus genitales, que algunas tocaron, dando visibles muestras de excitación, hasta el extremo de que dos de ellas no mostraron reparo alguno en hacer ciertos gestos obscenos.

Ciertamente, la actitud de esas mujeres puede considerarse como excepcional, y esto porque probablemente serían solteras y con seguridad vírgenes. Además, conociendo que el impulso sexual adopta formas distintas según los sexos, y que la mujer es, en principio, menos excitable que el hombre, se comprende, hasta cierto punto, que un hombre no se excite sexualmente ante la contemplación del desnudo femenino cuando ello es una costumbre; pero cuando el hombre tiende a ocultar esas partes de su cuerpo, nada tiene de extraño que la curiosidad femenina adopte modalidades eróticas que acaso no existiesen si el hombre se exhibiera lo mismo que la mujer.

Estas diferencias dan lugar en esas tribus a que las relaciones sociales entre hombres y mujeres no sean completamente francas, sin duda porque ellas no pueden prescindir de la sugestión de aquellas partes que ellos les ocultan por esos motivos mágicos o religiosos. Una mujer waganda se resiste rara vez al deseo de mirar a la parte media del cuerpo del hombre; el mismo explorador a que aludimos dice que esas indígenas que, por lo demás, son muy morales, gustan de mezclar en sus conversaciones frases que aluden a los genitales masculinos, "y no al acto sexual en sí", lo que debe interpretarse como un hecho masoquista o fetichista demostrativo de la deformación causada en el impulso sexual por unas ideas que carecen de toda base natural.

Plutarco refiere que en las fiestas que celebraban los espartanos, y en las que tomaban parte los jóvenes de ambos sexos vestidos con velos y cinturones y otras prendas igualmente sumarias, no era posible lograr que los actores se expresasen con la naturalidad que querían los directores de aquellos hermosos espectáculos. Esto ocurrió hasta que Licurgo dictó sus célebres ordenanzas disponiendo que en las fiestas solemnes y en los sacrificios, para lo que se requería la máxima pureza, los actores se mostrasen absolutamente desnudos.

Esta medida acabó con la desconfianza y el recelo con que las muchachas miraban a los jóvenes, pues ellas evitaban realizar ciertos gestos para impedir que sus compañeros "se fijasen en aquello que más ocultaban". A partir de entonces, las relaciones artísticas y sociales entre la juventud se hicieron más francas, no existiendo ya más reservas que las que naturalmente debían observarse en el lenguaje, en el que se consideraba de mal gusto, y hasta dió lugar a diversos castigos, toda alusión por parte de los hombres a lo que hubiera podido ofender el pudor de las mujeres.

Las mujeres de Chíos luchaban con los hombres y realizaban otros juegos completamente desnudas, lo que constituía, según Ateneo, "el más bello y moral de los espectáculos", ya que a los espectadores no les era posible descubrir el menor gesto o movimiento indecente, "porque tampoco mantenían su atención en este punto". El mismo autor dice que las relaciones entre las mu-

chachas y los jóvenes eran perfectamente cordiales, y jamás se dió el caso de que una mujer hubiera de lamentarse de la confianza dada a sus compañeros de juegos y diversiones.

Refiriéndonos a las bodas de Caranio, hace una descripción de la fiesta en la que las bailarinas macedonias, de gran fama en aquellos tiempos, danzaron completamente desnudas, mientras que las danzarinas de Esparta era costumbre que lo hicieran vestidas. Señala el contraste de que, mientras los invitados a las fiestas en que actuaban las artistas espartanas terminaban forzando a estas mujeres, cuando las fiestas se hicieron a base de bailarinas desnudas, "no volvieron a repetirse aquellos espectáculos tan denigrantes para la condición libre de las mujeres". Es decir, que sólo el desnudo, completamente puro, se impuso como fuente de moralidad sexual; a la inveresa de lo que había resultado antes de la costumbre de que las bailarinas actuasen vestidas.

En aquellas fiestas solían excusar su asistencia muchas mujeres de calidad que sabían los excesos que cometían los maridos, como sucedía entre los tirrenios. Después, cuando las servidoras de los banquetes atendían desnudas a los invitados, "hubo más respeto para la mujer y más honestidad en las relaciones sociales de aquella época", ya que los hombres no tenían por qué anhelar aquello que estaban viendo, lo que ocasionó que las damas no tuvieran inconveniente en asistir a las fiestas y espectáculos que antes les estaban vedados por lo que tenían de ofensivos para su amor propio y su castidad de casadas.

Con el recrudecimiento de las doctrinas ascéticas y el imperio de la ley, que se sintetizaba en la afirmación de que la carne debía quedar oculta por ser pecaminosa, vemos que se había involucrado la cuestión subjetiva del deseo sexual con la objetividad del espectáculo del cuerpo desnudo. Pero, al mismo tiempo, como la condenación de la desnudez se refería esencialmente al cuerpo femenino, de ahí que la mujer fuese considerada poco menos que como un animal repugnante o impuro. Por lo tanto, desde el punto de vista social de la vida, la separación de los sexos daba lugar a la insinceridad de las relaciones sociales entre hombres y mujeres, pues mientras ellos no podían, en virtud del natural temperamento, prescindir en absoluto de la mujer, por muy religiosos que fuesen, las mujeres habían de mostrarse humildes y sumisas, convencidas de lo pecaminoso o repugnante de su sexo.

Seguramente, como reminiscencia de las costumbres paganas

o, acaso, por el hecho de comprenderse que la situación creada a la mujer por el criterio eclesiástico no respondía a la esencia de los verdaderos ideales cristianos, en el siglo II surgió la secta de los Adamitas, que si bien es cierto que no se ajustaban a las prescripciones eclesiásticas, no por ello dieron muestras de inmoralidad como hubo de reconocer el mismo San Agustín.

Los Adamitas practicaban la poligamia, que consideraban perfectamente lícita, y, además, se reunían en los templos completamente desnudos, en cuya forma oraban y celebraban todos los oficios divinos.

Algunos eclesiásticos solicitaron autorización superior para cerciorarse directamente y "de visu" de la significación de aquellas ceremonias y, al efecto, ingresaron en la secta de herejes, comprobándose que los Adamitas, hombres y mujeres, aunque oficiaban completamente desnudos y juntos, es decir, sin la separación que en los templos se había impuesto a los sexos, se comportaban de una manera "igualmente moral y digna que si no se mostrasen de tal guisa". Después, en su vida privada, cada hombre tenía las esposas que podía mantener, y los hijos de éstos eran educados en la moral cristiana, asistiendo a los templos en completo estado de desnudez.

Todos los oficios y sacramentos se practicaban exactamente igual que entre los puritanos. Las relaciones entre hombres eran perfectamente naturales, y no había en todos sus actos el menor vestigio de la irrespetuosidad, considerándose a la mujer como a un ser merecedor de todos los respetos y consideraciones, porque "era la madre de los hijos y la esperanza más firme en el desarrollo de los ideales de la doctrina adamita".

Lo que más sorprendía a las gentes y escandalizaba a los eclesiásticos era precisamente el aprecio que se hacía de la mujer, es decir, la inexistencia de barreras entre los dos sexos. Las relaciones se basaban sobre las creencias y el respeto mutuos, y las gentes permanecían en el templo el mayor tiempo posible, sin que por ello descuidasen sus ocupaciones domésticas, cosa que, según algunos autores, cristianos, "ocurría entre las mujeres cristianas". Además, San Agustín se extrañaba de que los condenados por atentados contra la moral fuesen católicos siempre y jamás adamitas. Otros autores se refieren a delitos de estupro e incesto cometidos por hombres que no son adamitas, mientras que éstos, a pesar de cometer el "abominable pecado" de adorar

desnudos a Dios, nunca han dado que hacer a la justicia "por actos impuros distintos de los de su desnudez", como dice el citado santo.

En el siglo XIII se fundó en Alemania una institución religiosa denominada "Hermandad del Espíritu Libre", que desde los primeros momentos captó numerosos adeptos. Practicaban también el desnudismo integral para todas las ceremonias religiosas, cuyas imágenes eran representadas por aquellas artistas completamente desnudas y sin el menor velo, aunque a los santos varones se les reproducía con los órganos genitales muy pequeños.

Por lo demás, los ritos eran idénticos a los del culto ortodoxo. Mas, a pesar de esa desnudez, que tenía por objeto "ofrecerse a Dios con la fe de la verdad que empezaba en la pureza del desnudo", la castidad era practicada con más fidelidad que por los mismos ortodoxos, extremo que nunca fué bien comprendido por éstos y que se explicaban por medio de la asociación de los poderes satánicos, ya que, como escribió un santo, "sólo podía ser obra del demonio la castidad de unos herejes que oraban desnudos y muy próximos los hombres de las mujeres". Los inquisidores persiguieron a los fieles de esta secta, y algunos pagaron en la hoguera su afán de vivir en castidad desnudos, empresa mucho más fácil que pretenderlo vestidos.

En el siglo XIV, la secta de los Picardos flamencos, que se extendió pronto a Francia, donde tuvo numerosos adeptos, practicaban el desnudismo públicamente, convencidos de que su jefe había sido enviado por Dios al mundo para que, como un nuevo Adán, restableciera las leyes de la Naturaleza, deformadas por los ortodoxos.

Los fieles se reunían en templos que ellos habían construído y en lugares del campo retirados de las ciudades. Todas sus ceremonias se llevaban a cabo con verdadero decoro, y jamás pudo decirse de ellos que la desnudez sirviese de estímulo a la concupiscencia.

Otro hereje, Juan Hus, que combatió con ahinco los vicios y la sórdida avaricia del clero, negó la utilidad de la confesión auricular y atacó el culto de las imágenes, por considerarlo como un acto idolátrico, arremetió también contra los Picardos al frente de sus partidarios, los Husitas, que tampoco comprendían que la desnudez pudiera constituir la base de la castidad.

En su afán de destruir lo que consideraban inmoral, y ante la

indiferencia de los ortodoxos, los Husitas exterminaron a los Picardos, o al menos consiguieron que abandonasen esas manifestaciones públicas de su culto al desnudo, lo que constituía la expresión más pura de su religiosidad.

El culto al desnudo tuvo, por lo tanto, un carácter religioso semejante al que asumió entre los antiguos paganos, con la diferencia de que, mientras en el paganismo sirvió de basee a la orgía, a la prostitución sagrada y, en resumen, a todos los desenfrenos sexuales, entre los sectarios del cristianismo fué todo lo contrario, ya que el desnudo se consideraba como símbolo de la pureza y ejemplo de la mejor interpretación de la modestia y de la igualdad social de los adeptos, porque el vestido es una forma de la inmodestia o de la diferencia de clases, distinciones inaceptables en las religiones puras.

En la Edad Media muchas gentes practicaron el desnudismo públicamente, y no las menos religiosas ni adineradas. Incluso en las representaciones teatrales de carácter religioso, los actores que interpretaban papeles de santos, hombres y mujeres, salían a escena desnudos ocultándose los genitales con hojas o taparrabos, pero sin que este gesto de decencia se considerase imprescindible. Cuando esos personajes de la farsa fingían ser Adán y Eva, la desnudez era absoluta; pero los espectadores no consideraban que en ello hubiese la menor indecencia o la más leve ofensa a las costumbres, ya que hasta los eclesiásticos más encumbrados asistían a las fiestas ocupando los puestos de preferencia.

Es en el siglo XIX cuando, con la exaltación de la mojigatería, se desarrollan los ideales más feroces, por así decir, contra la desnudez. Hasta tal extremo se llega, que los misioneros que seguían en pos de los colonizadores obligan a los indígenas de los países recién conquistados a adoptar el uso del vestido, mientras lanzan contra la desnudez los más furibundos anatemas y las condenaciones más brutales. Entonces es cuando se advierte la influencia verdaderamente antisocial del vestido que señalan pintándola con los tonos más sombríos los hombres sensatos que ven cómo por las presiones de la civilización va deformándose la moral de esos salvajes que hasta entonces habían vivido en paz con sus impulsos más naturales.

Esas gentes, que no tienen más remedio que aceptar lo que hasta por la fuerza de las armas se les impone, pierden el con-

cepto natural de la modestia que habían mantenido, y con el uso de vestidos y adornos tratan de establecer entre ellos la competencia y el afán de superación en todo aquello que es externo y que responde a las nuevas necesidades e ideales importados por los paladines de la moral y de la civilización.

Con el uso del vestido desaparece la simplicidad de las relaciones generales de los sexos y se complican las que se refieren a la sxualidad. Las generaciones posteriores tienen ya del desnudo la misma opinión que los civilizados, y los ancianos hablan con nostalgia de sus tiempos, mucho más puros y más naturales, cuando la vista de una mujer desnuda no producía excitaciones tan acentuadas como las que ahora se traducen en atentados y violaciones bajo la vigilancia paternal e hipócrita de los civilizados que hablan en nombre de una moral extraña e incomprensible en la que se contienen excitaciones mucho más violentas que aquellas que pueden considerarse como naturales y biológicas.

En contra del uso del vestido oponen esos indígenas razones de índole social que no pueden desatenderse, fundándose en que la vista del cuerpo desnudo tiene gran importancia para evitar todo fraude y engaño en el matrimonio. De este aspecto habló en el siglo XVI Sir Thomas Moore, el cual decía que antes de llevarse a cabo la unión conyugal, "una matrona formal y honesta descubre al novio el cuerpo desnudo de su prometida, ya sea doncella, ya viuda, y del mismo modo, un hombre discreto y sabio exhibe el novio, desnudo, a la mujer que quisiere ser su esposa".

Estas teorías no eran nuevas cuando las expuso Moore, pues en otros países y en tiempos anteriores hubo gentes que reconocieron la importancia social del culto al desnudo en este aspecto, que se refiere a la elección conyugal y en otros parecidos. Los irlandeses, gentes que vivían completamente desnudas, aunque envueltas en una amplia capa o túnica de la que se despojaban sin inconveniente, decían que muchas enfermedades muy graves no salen nunca a la cara, pero que, en cambio, se manifiestan en diversas partes del cuerpo. El hecho de vivir desnudos o en forma que la desnudez fuera fácil sin ofender al pudor—no relacionaban para nada al pudor con el desnudo—, permitía a cada cual librarse de muchas enfermedades, e incluso hacer que otros se curasen de ellas, puesto que la enfermedad se consideraba como un estado impuro, siendo mucho más repugnante que el desnudo.

Un autor dice, comentando aquellas antiguas costumbres, que

"entonces los hombres tenían para ellos mismos el valor que los animales", "puesto que era necesario que estuviesen desnudos para garantizar su elección". Pero los mismos salvajes, que se oponen a cubrir sus cuerpos por muchos esfuerzos que en tal sentido hayan realizado los misioneros, se ríen de los que vamos vestidos, maravillándose de nuestra insensatez, ya que para comprar, por ejemplo, una bestia, en cuyo negocio sólo se arriesga una cantidad determinada de dinero, nos obstinamos en mirar y remirar al animal completamente desnudo, es decir, sin aparejos de ningún género, para cerciorarnos de que en todo su cuerpo no existe la menor señal de una herida, cualquier defecto, enfermedad, etc., que pueda hacen descender la categoría del animal y, por lo tanto, permisible su rechazo. Pero, en cambio, cuando el hombre se dispone a elegir a la mujer que ha de ser la compañera de toda su vida, la madre de sus hijos, la causa de todo lo bueno o lo malo de lo que en su existencia íntima ha de experimentar en lo futuro, entonces hace la elección a ciegas, bestial y temerariamente, fijándose sólo en el rostro, sin ocuparse de si el cuerpo puede estar o no bien conformado para concebir, parir y criar hijos.

Se conocen muchos casos de matrimonios desgraciados a causa de la existencia de uno de esos defectos que el hombre o la mujer no revelaron a su debido tiempo, y que enajenó en absoluto la voluntad y el pensamiento del cónyuge, estableciéndose así la disolución moral del vínculo cuando no es posible que la ley intervenga para castigar ese fraude que atañe a la moral y no perjudica las relaciones físicas del matrimonio.

Parece natural, y lo es, en efecto, que debiera haber un procedimiento por el cual fuese posible evitar que estos engaños diesen lugar a esos graves trastornos. Por otra parte, como ocurre en los pueblos que viven desnudos, esos defectos se remedian en lo posible, precisamente porque son visibles, porque detonan con el canon normal de belleza, saliéndose de él. La gran importancia que los pueblos salvajes conceden a la perfección física sólo puede comprenderse mediante la exhibición total del desnudo. En casi todos los pueblos primitivos se considera una deshonra o poco menos el hecho de ocultar alguna parte del cuerpo, porque al ser la perfección física uno de los más preciados blasones de un salvaje, cualquier prenda o vestido se estima como la máscara de una imperfección. Por eso dicen que los civilizados somos

inferiores a ellos, ya que ocultamos el cuerpo a las miradas de los demás y lo hurtamos a las caricias bienhechoras de los agentes naturales.

En Tahití se celebraban antiguamente grandes festivales gimnásticos, que podían compararse con las olimpiadas griegas. Hombres y mujeres tomaban parte en estos torneos completamente desnudos, y si bien es verdad que las costumbres sexuales de este pueblo eran—y son—bastante licenciosas, durante esos festejos ni el misionero más puritano hubiera tenido motivos para exteriorizar la más mínima protesta, ya que las gentes se conducían en medio de un orden y de una moralidad perfectos.

Estos festivales eran más bien certámenes parecidos a los actuales concursos de belleza femenina, con la diferencia de que se concedía más importancia a la hermosura del hombre que a la de la mujer. El fundamento de esos salvajes para sostener tal criterio no está exento de lógica; dicen, y es cierto, que mientras un hombre puede fecundar a muchas mujeres en nueve meses, una mujer sólo puede concebir normalmente a un hijo. "Además, agregan, siendo el hombre quien elige, la mujer que no sea bella jamás será elegida, mientras que un hombre hermoso siempre encontrará dónde elegir."

Pero no se concedía una importancia preferente a la belleza del rostro, ni este aspecto preocupaba demasiado a los tahitianos: se tenía en cuenta, sí, la edad y, sobre todo, la ascendencia. Si alguno de los antepasados del concursante había obtenido distinciones en otros concursos, el descendiente disfrutaba de diversos privilegios, y si en realidad era un tipo perfecto, ya no tenía necesidad de someterse a ciertas pruebas con el fin de demostrar sus aptitudes atléticas, puesto que le bastaban los antecedentes heredados de sus mayores.

La belleza del rostro parece ser la principal orientación de los seleccionadores actuales de bellezas. Claro es que estos concursos no pasan de ser más que meros pretextos de diversión de unos cuantos señores. Estos concursos fueron iniciados en Francia por un periodista, el Sr. De la Waleffe, al que imitaron otros profesionales del periodismo, como ha ocurrido en España. No discutimos ahora el fondo sexual de estos certámenes, perfectamente estúpidos y sin finalidad útil alguna, como no sea la de distraer a esos "dilettantes" que gustan de aparecer fotografiados en

unión de las muchachas seleccionadas; pero sería ingenuo creer que en todas estas cosas hubiese algo más que frivolidad.

Para que los certámenes pudiesen merecer la atención de los verdaderos seleccionadores del género humano habría que verificarlos como en Tahití, para que, en primer lugar, desapareciese el imprescindible elemento de perversión o de desorientación biológica que constituye la esencia de tan estériles torneos.

En la playa americana de Long-Beach, se verifican anualmente verdaderos certámenes de belleza, tanto femenina como masculina. Las mujeres concurren absoluta y noblemente desnudas, y los hombres provistos de un sumario taparrabos, que armoniza perfectamente con la ética y con la estética desde todos los puntos de vista, ya que no hay nada menos bello que los órganos genitales masculinos. Al propio tiempo también tienen lugar concursos de belleza infantil, de madres lactantes, de nodrizas, etcétera. Como se ve, aunque estos dos últimos aspectos no se refieran al desnudo, la finalidad de tales certámenes ha de parecernos mucho más seria, respetable y útil que las de estos europeos de la belleza del rostro, de la simpatía personal, de la elegancia, etcétera, motivos que no representan nada serio ni digno de la atención de los eugénicos, aunque sí de los moralistas, señores que, a pesar de todo, no tienen nada que ver con la biología.

No obstante, los concursos de la belleza semidesnuda, es decir, los que menos morales son desde el punto de vista de la sexualidad, apenas si van quedando como vestigio de otros tiempos, que, aunque no muy remotos, ya resultan bastante anacrónicos; ahora son los certámenes de las playas, para los que se requiere la complicidad del "maillot" y de los adornos sumarios y atrevidos, mucho más sensuales que el vestido de noche e infinitamente más que el casto desnudo.

En España no ha sido posible aún formalizar esos torneos, a los que sólo acuden, cuando se verifican en alguna playa de "tierra adentro", algunas artistas y mujeres frívolas, más interesadas en explotar el asombro que ello produce a los periodistas que la finalidad antropológica que de ello se pudiera derivar. Hay una revista gráfica española, cuyas páginas forman parte del catálogo de una casa de prostitución muy conocida en Madrid. Y es porque la falta de modelos obliga a los redactores gráficos a buscar asuntos por medio de composiciones que sólo pueden reali-

zarse en determinados ambientes dependientes de la moralidad oficial.

En nuestro país es muy difícil que el culto al desnudo pueda extenderse de forma socialmente útil. La revista "Crónica", que, interpretando el arte en lo que tiene de puro y sin someterse a la mojigatería aún imperante, publica en sus páginas los más bellos y artísticos desnudos, ha sido tachada de pornográfica en distintas ocasiones. En efecto, con motivo de la ocupación de Ifni, el corresponsal del periódico "Ahora", refiriéndose a la castidad que forzosamente tenían que observar los oficiales, decía que la llegada de "Crónica" era el único remedio para sus inquietudes sexuales. Esta afirmación hecha por un hombre culto es bastante para poder enjuiciar acerca del porvenir del desnudismo en España, a no ser que haya querido gastar a esos oficiales una broma bastante pesada, y que sólo podían tolerar los militarotes bárbaros de la Edad Media, atacados a veces de demencia sexual.

El papel social del culto al desnudo se ha reconocido sólo por una minoría insignificante, que, comprendiendo todas sus insignes ventajas, tratan de propagarlo por medio de revistas, publicaciones y hasta informaciones cinematográficas. Pero lo peor es que, cuando estos documentos caen en manos de gentes de la mentalidad del periodista citado, lo moral se convierte en algo de una inmoralidad grosera e intolerable que repugna a los espíritus sensatos.

No se comprende por esas gentes que el naturismo, llevado a estos extremos, pueda asumir tales caracteres de normalidad en lo que a la sexualidad afecta. Si decimos que entre esas gentes que practican el desnudismo las inquietudes sexuales están reducidas al mínimum, no afirmamos nada inexacto. Por lo menos, esas inquietudes no se refieren a los aspectos de la vida en los campamentos de desnudistas, donde todo queda reducido, a lo sumo, a expresiones parecidas a las que refleja el dibujo que publicamos, síntesis de un humorismo sano, pero que, a pesar de todo, reconoce la independencia absoluta que existe entre el desnudismo y la sensualidad. (Lámina 1.ª)

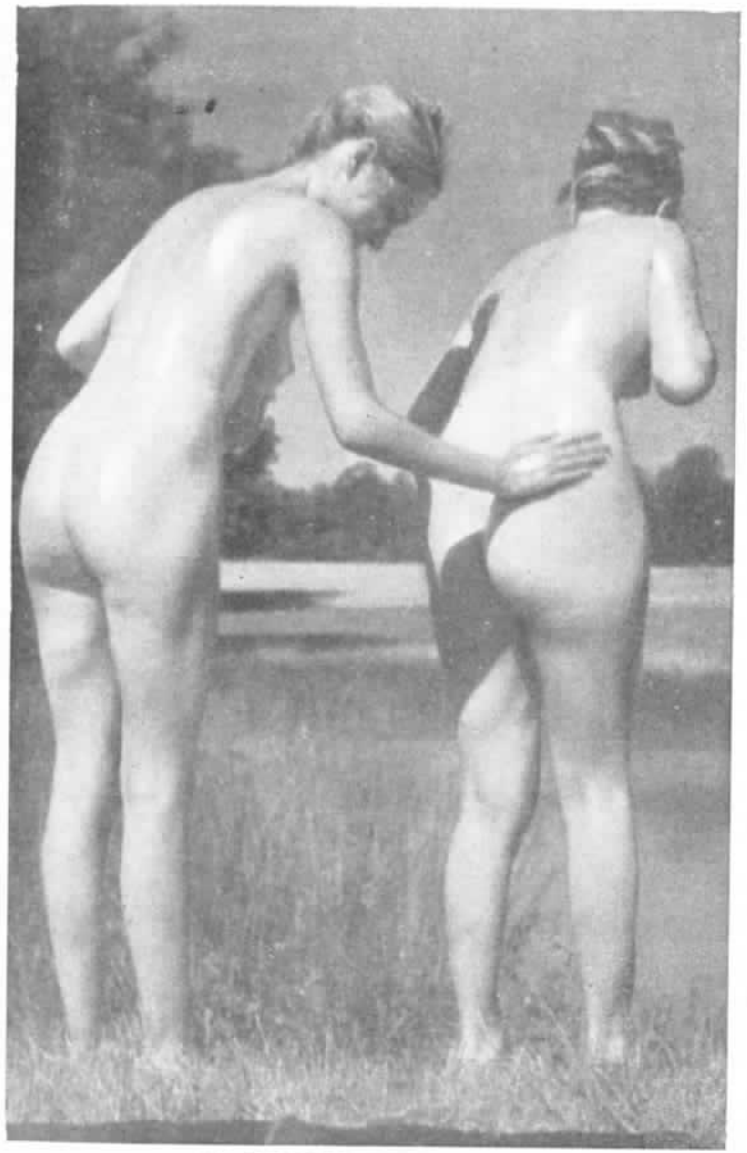
Hay gentes que, aun reconociendo la gran importancia higiénica y social de la práctica del naturismo, afirman que tales costumbres son perjudiciales para el desarrollo de las ilusiones del amor, y que el hombre que se habitúa a ver constantemente a



DESNUDISMO Y SEXUALIDAD

—¿Quiere usted venir esta noche al estreno de una revista de mujeres desnudas? (De Peynet, en *Paris Magazine*.)

LAMINA I



EL TOCADOR DESNUDISTA

En las colonias de naturistas no se permite el empleo de perfumes ni cosméticos, quedando reducido el tocador de una mujer a una pastilla de jabón y un tubo de grasa para embadurnar la piel contra las quemaduras del sol.

LAMINA II

una mujer desnuda ha de experimentar una notable disminución en la violencia de sus pasiones.

Claro es que situándonos desde este punto de vista no haríamos más que evidenciar hasta qué punto ha influído la cultura en el desarrollo de las pasiones, convirtiendo la naturalidad en artificio. Por otra parte, no es a las pasiones a lo que se debe el ennoblecimiento de la vida humana, y además, si creemos que el amor y la desnudez son incompatibles, será cosa de buscar una explicación al hecho de que entre los pueblos que viven completamente desnudos existe el amor y se advierten las pasiones, a pesar de su significación antisocial, con la misma intensidad que entre los supercivilizados.

Quienes pretenden la existencia de tal incompatibilidad cifran esas ilusiones amorosas en lo externo, en lo artificial, en lo que sólo puede considerarse como algo accesorio y que se aproxima exactamente a la perversión sexual, que conocemos con el nombre de fetichismo. Pero estas teorías no son sustentadas jamás por hombres que han practicado el desnudismo; cuando no existen prejuicios ni consideraciones morales de otra índole y, además, cuando la normalidad es la característica del individuo, no hay más remedio que comprender que las manifestaciones del impulso sexual no siempre se relacionan con la visión del desnudo que, francamente, no tiene por qué ser repugnante; pero también es cierto que tampoco tiene esa supuesta significación erótica que le atribuyen los ignorantes, ya que, por razón de sus bases, perfectamente naturales, nada hay a que mejor y más prontamente se habitué el hombre que a la visión del propio desnudo y del de sus semejantes, en cuyo caso el hábito acaba por destruir toda emoción y hacer ineficaces los elementos excitantes derivados de esa desconfianza, fenómeno natural que sólo se observa entre los civilizados como consecuencia antisocial de los artificios de la civilización.

Con referencia a la higiene, ¿qué hemos de decir del desnudismo? La robusta salud que disfrutan los salvajes de todo el mundo, acostumbrados a andar desnudos desde el momento en que nacen, es la prueba más terminante que puede aducirse. Según los irlandeses, el extraordinario vigor de la mayor parte de los individuos de su raza es debido al hecho de que hasta bien entrado el siglo XVIII las gentes de todas las clases sociales acos-

tumbraban a ir por el campo completamente desnudas, aunque provistas de una capa o una manta, que lo mismo servía para preservar de los rayos del sol que de las inclemencias del frío. En todos aquellos puntos en que las razas primitivas abandonan la costumbre de vivir desnudas no sólo aumentan las enfermedades, como ocurrió entre los irlandeses, sino que al mismo tiempo se adquieren hábitos nocivos, que van a reflejarse preferentemente en el área sexual. No cabe duda, pues, que la desnudez, como dice Boyle, es la única condición universal y común entre todas las razas salvajes de fuerte complexión.

Está demostrado, y el Dr. Pudor fué uno de los antropólogos que mejor lo comprobó, que las naciones que abandonaron la práctica de la desnudez cayeron bien pronto en una rápida decadencia. Cita los ejemplos de varios pueblos influenciados por la moral de los civilizados, y aun por las doctrinas ascéticas del cristianismo, como los de Asia, Oceanía y América, en los que los misioneros hicieron todo lo posible por acabar con el "impudor" del desnudo, para demostrar que la ruina social de estas gentes está estrechamente relacionada con el auge de las casas comerciales dedicadas a la venta de tejidos. En la India, donde los ingleses impusieron a todo trance los géneros de las fábricas de Mánchester, se registraron hasta sublevaciones, que después sirvieron para aumentar el cúmulo de razones que los indios tienen para producirse en su característica actividad nacional, que consiste en hilar cada uno su propia túnica, como recurso individual contra la tiranía británica. Es fácil que si a los indios no se les hubiese obligado a vestirse o, por mejor decir, a consumir los tejidos ingleses, a estas horas, Gandhy no intentaría matarse de hambre cada tres semanas.

Por último, aún hay algo mucho más importante con relación a la influencia social del culto al desnudo, aspecto del que los adultos no se dan cuenta jamás, o sólo, a lo sumo, cuando ellos mismos resultan las víctimas de ese temor en que se procura educar a la infancia en relación al desnudo. Es muy fácil encontrarse con niños verdaderamente preocupados por el problema de la conformación física del otro sexo. Esta obsesión la soportan en secreto, y de la misma foma acaban de conocer esos detalles que tanto les preocupan espiando a sus hermanos del sexo opuesto, a las personas mayores, incluyendo a los padres, etcétera. Una niña de siete años permaneció toda una noche en un tejado para poder ver a la mañana siguiente orinar a un mozo de labranza de la casa. Otro niño de nueve se encaramó en una escalera para poder ver a su hermana mayor mientras se bañaba. La criatura fué sorprendida, y entonces manifestó que no tenían por qué privarle de ver "una cosa tan fea y con tantos pelos". Casos de esta naturaleza se contienen a centenares en las observaciones de muchos autores.

Hay veces que la satisfacción de este deseo, que adquiere los caracteres de un verdadero impulso, se manifiesta con una violencia tan repentina, que la ley acaba por convertirlo en delito. Un abogado alemán dice que si existiera entre los niños una familiaridad natural con relación a su desnudo, no tendrían razón de ser el 90 por 100 de actos indecorosos observados entre los jóvenes, pues en la mayoría de los casos, "más que un asalto o deseo de violación, es tan sólo la consecuencia natural de una insaciable curiosidad por mucho tiempo reprimida".

Claro es que no siempre ocurren las cosas de esta manera; pero cuando el niño satisface su curiosidad no lo hace jamás de una manera noblemente dirigida, sino convencido plenamente de que obra mal y prestando atención a los hechos físicos que determinan el desarrollo de la excitación sexual, lo que no puede responder a la subordinación y conocimiento de las leyes sexuales, como ocurre cuando la enseñanza de estos temas se efectúa de la manera natural y franca a que da derecho la familiaridad con el desnudo.

El sistema de la coeducación desnudista, de que ya hemos hablado, tiene toda la gran importancia de evitar toda idea o pensamiento que, naturalmente, debemos considerar como indecoroso, ya que el conocimiento de los hechos esenciales de la conformación física, adquirido con la sencillez natural de la infancia, no es posible que jamás pueda traducirse en los malos resultados que desgraciadamente conocemos los que a diario observamos las consecuencias de estos sistemas verdaderamente inhumanos, consistentes en inculcar a los niños ideas absurdas de terribles pecados.

No cabe duda, pese a lo que pretendan demostrar los intransigentes, que la desnudez tiene un valor higiénico y una significación espiritual y, por lo tanto, social, importantísimas, como fac-

tor insubstituible y legítimo, considerada como preservativo de las emociones morbosas. Muchos hombres de genio, perfectamente morales en sus concepciones, en su vida pública y en su existencia privada, han reconocido y ensalzado toda la sublime majestad del desnudo. "La visión de lo esencial, la eterna forma humana, la cosa más bella del mundo por su vigor, su gracia y su hermosura, es uno de los tónicos primordiales de la vida." (Ellis.) "La virtud que encierra el cuerpo de la mujer tiene tan poco de corporal o carnal como de material tiene el poder de la música, obtenido por vibraciones atmosféricas." (James Hinto.) "La desnudez ha sido en todo tiempo talismán poderoso para los dioses y los hombres." (Stanley Hall.)

En efecto, la admiración que en todo tiempo ha causado el desnudo la encontramos reflejada en las pinturas y esculturas de los más grandes artistas de la antigüedad y de los días presentes. Lo mismo los griegos—adoradores casi fanáticos de la forma—que los contemporáneos no han podido substraerse a esa influencia poderosa, que parece como arraigada en lo más profundo de su temperamento de artistas. Y esto refiriéndonos al desnudo integral, al logrado sin más pretensiones que la de rendir un homenaje a la forma, satisfaciendo a la vez no sólo una necesidad individual e íntima, sino hasta el gusto o la afición del público, es decir, la orientación unánime de las gentes, que, a pesar de la mojigatería, no tienen más remedio que reconocer que la belleza de la forma humana se sobrepone a todo concepto equívoco y toda emoción extraña al sentido esencial de esa belleza.

Al criterio de los que dicen que el espectáculo de la desnudez es un reto a la pasión, puede oponerse la razón poderosa de que el espectáculo del desnudo es la piedra de toque de las ennoblecedoras cualidades que trae consigo el dominio de los instintos. Tal fué uno de los procedimientos de que se valieron los ascetas para probar el temple de su castidad, llegando hasta el extremo de compartir el lecho con mujeres jóvenes y bellas. Pero aparte del erotismo contenido en tal sistema, hay que reconocer que la voluntad de aquellos hombres quedaba bien demostrada. Pero de todas formas, los impulsos humanos sólo pueden dominarse por medio de la inteligencia más que por la fuerza de la cultura; no obstante, no queremos decir que el dominio se lleve hasta el extremo anormal que llegaron los ascetas, sino que, por el

interés social, es preciso que esos impulsos se desarrollen sana y normalmente, discurriendo por sus cauces legítimos y no por los de la represión violenta o los del desenfreno sistemático, extremos que son los usuales cuando esos impulsos humanos, hermosos y legítimos, están excitados por múltiples artificios que, naturalmente, tienen que deformar todo lo que de puro y noble debe de haber siempre en el alma de los hombres.

LA VIDA EN LOS CAMPAMENTOS DE DESNUDISTAS

Las películas que defraudan al público.—El encanto erótico del desnudo.—Un campamento de naturistas. — Los ejercicios matinales. — Alimentación, educación y deportes.—La castidad natural.—Los juegos infantiles.—La belleza de la forma.—La belleza de la mujer es incompatible con la procreación.—Higiene sexual.—Cuidados de los recién nacidos.—Principios de orientación profesional.—Los clubs de desnudistas y su significación.

El verano pasado se proyectó en varios cinematógrafos de Madrid una película tomada en un campamento de desnudistas alemanes, pero con la estúpida y condenable advertencia de que no era apta para señoritas ni niños. La prevención, que, como se comprenderá, no es más que un "truco" comercial, fué lo que más defraudó al público, que insensatamente, en su mayoría acudió al espectáculo ávido de presenciar escenas que jamás han tenido una expresión pública ni entre los libertinos más conspicuos. Claro es que la reserva opuesta por la Empresa fué más que suficiente para justificar el enorme éxito de taquilla, que era lo que al final de cuentas se trataba de demostrar.

La película, de largo metraje y magníficamente lograda en cuanto a fotografía y demás detalles de la buena técnica, mostraba cómo eran los diversos aspectos de la vida de una sociedad de desnudistas, desde el recién nacido hasta el hombre maduro. Claro es que la primera prueba de su "desaliento" la obtuvo el público al comprobar que el desnudo íntegro no puede producir ninguna emoción sexual, circunstancia que ya advirtió hace muchos años el Dr. Pudor, al decir que la desnudez, para ser saludable, "necesita ir acompañada del aire libre, del campo, de la luz y del sol, y que la desnudez nocturna en un "cabaret" alumbrado artificialmente, en presencia de un auditorio vestido, no

tiene nada absolutamente de natural ni moral". Por lo tanto, ese público, que en su mayoría no ha podido presenciar el desnudo más que en esos lugares de placer, tiene que experimentar una decepción enorme al comprobar que el desnudo carece de interés, y hasta en algunos casos, exhibido con esa naturalidad, llega a ser antiestético, y si se quiere, repugnante, cuando la contemplación se refiere a los caracteres del propio sexo del espectador.

Pero todas estas deformaciones obedecen al predominio de los prejuicios adquiridos que imponen la condición de la inmoralidad del desnudo, en vista de que sólo es dado verle en circunstancias íntimamente ligadas con la erótica.

Este criterio representa el sentido predominante entre las gentes a quienes simplemente se habla de naturismo: no es posible, repetimos, disociar la sensualidad del desnudo.

Sólo desprendiéndose de los prejuicios y del vestido es posible comprender e interpretar como es debido la existencia de esas grandes masas de desnudistas que en ciertas épocas del año, o durante los días de descanso de la semana, pueblan los campos de Alemania, Francia, Austria y otros países menos aherrojados por los prejuicios que el nuestro. En Cataluña, especialmente en Barcelona, los desnudistas suman varios millares, y hasta disponen de un órgano de propaganda, la revista "Pentalfa", publicación absolutamente moral y científica, en la que colaboran escritores y médicos prestigiosos que, a la vez, son naturistas.

Los campos más importantes están en Alemania y Francia. Uno de los primeros, situado en las inmediaciones de Berlín, está habitado por más de dos millares de individuos de todas edades, que viven en edificios desmontables de madera o en tiendas de campaña. Tienen su iglesia, sus espectáculos, sus escuelas y sus talleres. Casi toda la población la componen individuos de profesiones libres—escritores, artistas, médicos, profesores, etc.—, que no tienen necesidad de vivir en las poblaciones, a las que sólo van, vestidos, como no es natural, pero sí obligados, cuando las necesidades lo imponen.

En esta ciudad, como en otras, formadas por ciudadanos cultos, no existe ni policía ni autoridades, y, a pesar de ello, jamás se produce la menor alteración del orden ni la menor inmoralidad. Las únicas autoridades que hay son las sanitarias y las deportivas, a cuyas prescripciones se someten todos los individuos de la colonia, especialmente los jóvenes. Huelga decir que en lo

que al aspecto político afecta, las organizaciones son de tipo hitleriano.

La vida empieza al salir el sol, lo que se anuncia a toque de campanas: esto ocurre en todo tiempo. Diez minutos después del toque, los jóvenes y niños de ambos sexos y las personas mayores que quieran se reunen en la plaza central del poblado con el fin de practicar los ejercicios gimnásticos, dirigidos por los médicos profesores de cultura física. Estos ejercicios duran veinte minutos, al cabo de los cuales, e inmediatamente después de practicar varios números de gimnasia intensiva, se toma la ducha en las instalaciones preparadas al efecto, o el baño en el río inmediato.

Durante el baño se verifica todos los días un torneo de natación o remo, o de "water-polo". Los niños ejecutan los mismos ejercicios en lugares de menos profundidad, dirigidos por un profesor y auxiliados por varios instructores, que, por lo general, son muchachas. Después se oye misa, en la que el sacerdote, que también es desnudista, oficia con los hábitos puestos, lo mismo que los acólitos, aunque todos los fieles asisten desnudos.

Después del desayuno, que consiste en vegetales y productos animales—leche, mantequilla, queso, huevos, miel, etc.—, las personas mayores acuden a sus ocupaciones y los niños a sus colegios, instalados al aire libre o bajo cobertizos, según el tiempo. El horario es de ocho a doce, sin descanso, y de dos a cinco de la tarde; los niños sólo asisten a las escuelas durante la primera mitad de la jornada.

El almuerzo consiste en legumbres, algunas carnes—aquí no podemos hablar del naturismo propiamente dicho—, pescados y frutas, y cerveza a discreción. Después del almuerzo es obligado hacer cuarenta minutos de reposo y veinte de paseo rítmico. Este ejercicio se practica en torno del poblado, mientras los desnudistas realizan gimnasia respiratoria por medio de unas canciones de composición especial, que imponen un método adecuado de ejercicio pulmonar.

Los niños practican largos paseos acompañados de sus instructores, los cuales explican historia natural, fundamentos de biología, a base de la reproducción de las plantas y los animales, religión, principios de cultura general, etc. Al propio tiempo, los jóvenes no olvidan que son alemanes de Hitler: ciertos ejercicios

de índole militar forman parte de las materias pedagógicas, entre las que sobresalen las prácticas de tiro de fusil.

Las competiciones deportivas dividen a la población juvenil en varios equipos especializados en toda clase de juegos y ejercicios, particularmente la natación, el remo, la equitación y el salto.

Terminado el paseo y demás ejercicios habituales, los desnudistas disponen de una o dos horas de descanso, y que pueden dedicar a aquello que mejor les plazca. Hay sesiones de cinematógrafo, conciertos, conferencias y representaciones teatrales, todo ello a cargo de los mismos habitantes de la colonia, erigidos en empresarios de espectáculos de todas clases bajo el control de las autoridades administrativas.

A las diez de la noche suenan las campanas por última vez imponiendo silencio en el campamento, sobre todo para los niños, que a esa hora deben estar descansando. Las personas mayores que no estén sometidas a régimen pueden acostarse a la hora que quieran, pero con la prohibición de ejecutar trabajos intelectuales sin autorización del médico y cualesquiera otros que puedan molestar el sueño de los que estén descansando.

Con relación al aspecto sexual de la vida de estas colonias, sinceramente, es bien poco lo que puede decirse. Las excitaciones son nulas, y hasta es posible asegurar que la castidad es la norma imperante, porque entre los ejercicios y las ocupaciones no hay posibilidad de que el ocio dé lugar a esos estados de erotismo característicos de la quietud muscular y mental.

Contrariamente a lo que pudiera suponerse y, sobre todo, tratándose de alemanes, en esta institución a que nos referimos no se practica el amor libre. Los matrimonios ocupan durante la noche piezas independientes del resto de las habitaciones donde duermen los hijos. La vida promiscua se realiza durante el día, pero no durante la noche.

No obstante el régimen de absoluta franqueza que preside las relaciones generales entre los niños, los inspectores de ambos sexos ejercen una vigilancia adecuada cerca de las criaturas, observando todos sus movimientos y la naturaleza de los impulsos infantiles; se trata de una libertad "vigilada" que hace prácticamente imposible cualquier manifestación inmoral o simplemente antibiológica del instinto.

Uno de los inspectores, autor de un folleto de educación sexual, dice que, en 103 niños encomendados a su custodia, sólo observó

durante el verano de 1933 cuatro casos de masturbación. Las criaturas fueron rápidamente sometidas a tratamiento, principalmente psicoterápico, con el auxilio de los baños y bromuros, hasta que en tres casos desaparecieron los síntomas por completo, no así en el cuarto, un niño de doce años con antecedentes neuropáticos, al que hubo que someter a un tratamiento más concienzudo, po r haberse advertido en él síntomas de inversión sexual. En las niñas no se registró ningún caso de esta naturaleza.

Con relación a los jóvenes y adultos, no se registró ni la menor transgresión de las leyes morales de la colonia. Durante los meses de abril a octubre se realizaron nueve uniones prenupciales, que fueron elevadas a la categoría de matrimonio legal cuando se terminó la campaña, y eso porque los contrayentes no quisieron molestarse en acudir antes a las oficinas del Juzgado. Sólo otras dos parejas se negaron a legalizar su situación, pero las relaciones que mantenían eran secretas y hacían uso de los contraconceptivos. Estas excepciones dejaron de serlo en el comienzo de la primavera de 1934, en que las dos parejas se presentaron en la colonia con los papeles acreditativos de su matrimonio, y una de ellas con un niño de tres meses, que nació siendo aún solteros sus progenitores.

Según dicho inspector, "no es posible asegurar que las parejas de enamorados, muy numerosas por cierto, se comportasen dentro de los límites de la más severa castidad; pero lo que sí afirmo—dice—es que ni por casualidad ha podido advertirse en las relaciones ordinarias de esos jóvenes el menor gesto o acto indecoroso, y ni siquiera aquellos que estamos habituados a observar en las ciudades, ya sea en los paseos, en los salones de baile u otros espectáculos semejantes, a pesar del completo estado de desnudez en que aquí vivimos y que, naturalmente, debemos de considerar como el más poderoso freno de las pasiones".

Estima dicho pedagogo que el secreto de toda esa calma sexual, al menos, aparente, pero de una apariencia digna, que no puede confundirse con la hipocresía, está en la franqueza de las relaciones del sistema de coeducación, del cual se deriva un conocimiento pleno de la anatomía y, particularmente, de cada sexo, que hace imposible el desarrollo de muchas ideas malsanas incubadas en la persistencia de esos secretos que a toda costa se trata de mantener entre los niños, jueguetes siempre de la curiosidad más indomable.

El hecho de que los niños puedan satisfacer plenamente esa curiosidad tan natural y peligrosa en la infancia por las consecuencias que de ella pueden resultar, hace, naturalmente, que ninguna de las funciones del organismo sea secreta, es decir, prohibida. Al mismo tiempo está la misión cultural encomendada a los instructores, que de una manera clara y sencilla exponen a los educandos las particularidades de cada sexo y de sus funciones legítimas. No cabe duda que ese afán de desentrañar los misterios que insensatamente se levantan ante el ansia natural de saber del niño hace que las criaturas "pequen" por doble ignorancia: porque ignoran lo que deben saber y porque no suponen que la virtud pueda estar en el secreto de una cuestión cuyo conocimiento exige todo el mundo celular circundante de la criatura.

Durante toda la época prepuberal, niños y niñas se educan y juegan sin que se advierta la menor distinción de sexos. Algunos espíritus poco cultivados no tendrían inconveniente en tildar de inmorales o de peligrosas esas prácticas infantiles, en las que a lo mejor se ve a un niño que acaba de vencer en lucha a una niña sujetándola de forma que los órganos genitales de ambos logren el más íntimo contacto epidérmico. Pero a pesar de todo, ninguno de los dos habrá experimentado la menor excitación sexual, por la simple razón de que el impulso no se ha manifestado en ellos y, por otra parte, porque el juego o la prueba deportiva produce en el vencedor un placer del orgullo, del amor propio y, en la vencida, un dolor moral o de una convicción de inferioridad, emociones que no son eróticas en ninguno de los dos casos, ni aun tratándose de personas perfectamente conscientes de sus necesidades sexuales.

A medida que los jóvenes van creciendo, el mismo instinto les induce a practicar otros juegos, adaptándose a otro género de vida que, sin excluir la violencia habitual de esos ejercicios, los hace más ordenados y metódicos. Ya no lucha el muchacho con su amiguita, sino que las competiciones se verifican con otros jóvenes de su corpulencia. En los campos de desnudistas se observa perfectamente el cambio pubertal: mientras los impulsos sexuales están indiferenciados, la promiscuidad de los niños es completa y franca. Pero cuando se advierten los primeros fenómenos, los sexos se separan, sus relaciones de amistad se hacen menos frecuentes y sus juegos tienden a diferenciarse completamente. Parece como si un sentimiento puro de pudor biológico advirtiese a las criaturas las apelaciones que en breve ha de hacerles la Naturaleza, empezando por la operación de esos cambios anatómicos, físicos y morales de este maravilloso fenómeno de la vida. Pero resulta que, como esos cambios se operan a la vista de todos y su evolución es lenta y no brusca, no es posible que de esa transformación se derive ningún sentimiento de vergüenza ni el más mínimo impulso de falsa modestia.

Como entre los pueblos primitivos y entre los salvajes modernos, también los desnudistas celebran la entrada de los jóvenes en la pubertad por medio de fiestas y torneos deportivos. Luego lejos de constituir esos signos exteriores un motivo de vergüenza, representan el título de individuo sano y apto para todas las funciones naturales de la vida y, sobre todo, la garantía de que se encuentra en condiciones de rivalizar con los mayores en sus proezas deportivas.

Entonces es cuando tienen lugar los concursos de belleza de la forma que entre los que vivimos vestidos se verifican con fines menos nobles y hermosos. Los jóvenes de ambos sexos seleccionados en estos certámenes pasan a formar grupos por separado, de acuerdo con la semejanza de las características elegidas por el tribunal seleccionador. En estos tribunales no intervienen los periodistas, los artistas ni los modistos: es una cuestión que incumbe única y exclusivamente a los médicos, que en lugar de exaltar la belleza de la forma inútil, hablan de posibilidades eugénicas y del vigor de la raza, que no se contiene en la hermosura del rostro, sino en las medidas craneales, torácicas y pélvicas con arreglo a los patrones que nos legaron los olímpicos de Esparta. "No seleccionamos bellezas para los concursos de París y Londres—dicen los alemanes—, porque estamos convencidos de que los seres humanos, y especialmente las mujeres, tienen que cumplir mandatos de la Naturaleza que nada tienen que ver con la frivolidad y la inmodestia, sino que afectan a la afirmación de la salud y el vigor de la raza." Y un naturista añade: "Es estúpido querer ver la belleza del rostro cuando se prescinde de la hermosura del cuerpo y del alma." Y dice otro: "Los hombres de rostro demasiado bello se apartan a veces del camino de los verdaderos hombres, tanto como las mujeres bonitas se alejan de la maternidad."

Y es cierto. Las mujeres más bellas, las que estamos acostum-

brados a ver triunfar, por ejemplo, en la esfera del arte e incluso de la prostitución, lo mismo que las antiguas hetairas griegas, se ocupan más de su belleza, que es el talismán de sus triunfos, de sus ambiciones y de su inmodestia, que de dar a la raza seres tan hermosos como ellas. Y cabe asegurar, pero sin temor a dudas, que la mujer que no es más que muy bella, como a toda costa trata de conservar esa hermosura fresca y lozana, no hace más que oponerse a los mandatos de la Naturaleza en perjuicio de los intereses de la raza.

Por eso, como los naturistas se fundan, sobre todo, en las leyes de la Naturaleza, de ahí que la belleza del rostro y la del cuerpo vestido no tenga para ellos más que un interés meramente sensual, que es preciso desterrar por antisocial e inútil, artificioso y falso. Los desnudistas no conceden importancia al rostro de la mujer, "porque el rostro no es nunca el espejo de la maternidad". Todas estas opiniones acerca de la belleza femenina figuran escritas en gruesos caracteres en los cenáculos de muchos clubs naturistas.

Huelga decir que, entre los desnudistas, el tocador de las mujeres queda reducido a la más mínima expresión. Una pastilla de jabón en todo tiempo, y en verano, algunas pomadas para evitar las dolorosas quemaduras del sol: esto es todo. No se emplean ni depilatorios, ni pinturas, ni cosméticos de ningún género, porque ello está rigurosamente prohibido por los estatutos que forman parte del código moral de estas gentes perfectamente naturales. (Lámina II.)

Incluso en la vida doméstica se prescinde todo lo posible de las comodidades y refinamientos de las ciudades en todo aquello que no se relaciona directamente con la higiene. Los lechos son de paja de maíz, crin vegetal, hojas, etc. El combustible más corriente es la leña y el carbón vegetal, que se obtiene por los procedimientos usuales. El mobiliario es simple y reducido, con el fin de evitar la reproducción de los insectos y la invasión del polvo, ya que las ventanas permanecen constantemente abiertas o, por mejor decir, carecen de cierres, lo mismo que las entradas están sin puertas. Luego hasta las mismas casas están "desnudas", para que todo permanezca dentro de la uniformidad básica.

La cocina se compone de los enseres más elementales y precisos; las comidas se hacen en un recipiente para cada familia, en el cual comen todos los miembros de la misma, como es costumbre en la mayor parte de los hogares de los distritos rurales de España. Cada individuo limpia y guarda su cubierto, lava su ropa de cama y realiza la limpieza de su habitación. Los jóvenes aprenden a cocinar, de forma que cada día corresponde a uno de los individuos condimentar los manjares para la familia. Las madres lactantes están sometidas a un régimen especial de alimentación, por lo que ellas mismas guisan sus comidas. Estas se hacen a base de productos seleccionados bajo el control de los médicos, y consisten en carnes rojas, leche, huevos y miel.

Durante los períodos menstruales las mujeres están relevadas de todo trabajo que requiera un esfuerzo notable. En esta época usan apósitos especiales, empleando una faja arrollada a las caderas que les cubre hasta medio muslo, o bien un "culotte" blanco, impermeable y opaco. Esta medida, como se comprenderá, tiene una doble finalidad higiénica y estética.

Con el mismo fin emplean una prenda parecida las embarazadas en los tres últimos meses de la gestación. Los partos tienen lugar en el hospital de la colonia; en este aspecto únicamente es cuando se prescinde en absoluto de las ventajas del naturismo para utilizar los recursos más refinados de la ciencia cinecotocológica, mucho más perfectos que los procedimientos empíricos del hombre primitivo. Todas las operaciones del parto, alumbramiento, atenciones de la madre y del recién nacido, se realizan con el mayor cuidado en todos los casos. Los médicos se muestran intransigentes en este aspecto, ya que la asepsia se considera como la clave fundamental de la felicidad del acontecimiento.

El primer mes de la vida del niño, que, naturalmente, coincide con el estado puerperal de la madre, requiere la asistencia constante de los médicos y enfermeras que tienen a su cargo las atenciones de los dos seres. Nada más nacer el niño, lo que se efectúa en la sala destinada a partos, previamente calentada a 36 grados, se le baña y lava cuidadosamente. Poco a poco se va reduciendo la temperatura hasta llegar a la del ambiente exterior, lo mismo que se disminuye la del agua de los baños. Todo esto se efectúa en un mes, al cabo del cual la criatura se ha acostumbrado al agua fría, en la que se seguirá bañando mientras viva en la colonia. Terminado el puerperio, la madre reanuda su existencia anterior y acude con su hijo al baño general al aire libre, bien en el río o bien en las piscinas construídas al efecto. Los

baños del niño, durante los primeros diez meses de su vida, no se prolongan más de seis minutos; a partir de esa edad, la criatura puede permanecer en el agua hasta que se canse, sin que los médicos opongan la menor dificultad, sobre todo si al niño le contraría abandonar el líquido elemento.

Cuando las criaturas cumplen dos años, tiempo máximo que pueden permanecer alimentándose a expensas de la madre, asisten a una especie de "nurseries" de las escuelas especiales de orientación profesional, donde los pequeñuelos ven a los jóvenes ejecutar trabajos de carpintería, de herrería, de albañilería, etc., o bien de dibujo, de escultura o de música. Los niños permanecen sentados ante las mesas de trabajo de los adultos, y cada uno asiste al "espectáculo" que se comprueba que más le llama la atención. Este sistema no es original en Alemania: se practica hace ya muchos años en los "kholkozes" o centros de educación infantil de la Rusia soviética.

Durante el invierno, que en el norte de Alemania es muy crudo, no hay más remedio que transigir un poco y echar mano de las prendas de abrigo. Solamente para la práctica de los deportes persiste el hábito de la desnudez parcial, o sea de medio cuerpo para arriba, especialmente en los ejercicios realizados en la nieve, como aparece la bella esquiadora que reproducimos, y que, a juzgar por la expresión de su rostro, no parece que la moleste demasiado el frío de la nieve que le rodea. (Lámina III.)

En las cercanías de París existe otro gran campo de desnudistas, si bien su organización no es tan meticulosa como la de los alemanes. En primer lugar, la significación de esa asociación francesa es más bien deportiva. Los socios se congregan los sábados por la tarde, permaneciendo en el campamento hasta última hora del domingo, en que se regresa a París. Colonias desnudistas propiamente dichas al estilo de la alemana, a que hemos hecho referencia, no existen en Francia hasta ahora. Durante el verano se practica el "camping" en combinación con el culto del desnudo, organizándose al mismo tiempo interesantes torneos deportivos. Una Sociedad que posee vastos terrenos en las inmediaciones del mar, cerca de Calais, organiza todos los veranos diversos festejos muy interesantes. Ahora bien, dada esta circunstancia resulta que la finalidad del desnudismo no es completamente naturista ni deportiva, sino que ya figuran elementos que



EL DESNUDISMO Y EL FRIO

Con el culto al desnudo son perfectamente compatibles los deportes de la nieve, como vemos en esta curiosa fotografía, obtenida en una montaña alemana en pleno invierno.

LAMINA III



EL DEPORTE Y EL SEXO
Sólo mediante la familiaridad de los sexos, mediante la educación física en común, es posible la práctica de estas poses audaces, en las que el elemento artístico destruye toda intención perversa.

LAMINA IV

se relacionan más íntimamente con la característica frivolidad francesa.

De aquí se pasa a los clubs de desnudistas que funcionan en Londres, París y otras ciudades importantes a espaldas de la ley y de los reglamentos de policía. Estas Sociedades están formadas por aristócratas en su mayor parte, gentes que encuentran en esta modalidad un recurso adecuado para la satisfacción plena de toda clase de vicios y perversiones sexuales que nada tienen que ver con el noble culto a la desnudez.

Sobre todo en Londres es donde más abundan estas Sociedades, en las que figuran personajes de todo el mundo. Las fiestas que se organizan no son más que trasuntos fieles de las antiguas bacanales romanas. Los afiliados permanecen semanas enteras entregados a las prácticas más perversas y refinadas.

El uso del antifaz, que es obligatorio, sirve para facilitar mejor las inmoralidades de todo género, desde el adulterio hasta el incesto. Estas carnavaladas eróticas son frecuentemente sorprendidas por la policía; pero, según un autor inglés, resultan estériles todos los esfuerzos que se realizan para acabar con estas manifestaciones, "que no son sino una muestra de la hipocresía británica".

En Berlín se descubrió no hace mucho un club de desnudistas homosexuales, y fué tal el escándalo que esto produjo, que un diputado propuso en la Cámara que se le devolviese a Alemania cualquiera de sus colonias perdidas en la guerra, con el fin de tener un sitio adonde poder enviar a estas gentes de moralidad incompatible con las normas de la civilización. Naturalmente, el diputado no logró su propósito, pero los periódicos se encargaron de divulgar los nombres de los homosexuales más significados y la policía se encargó de disolver el club en veinticuatro horas.

Como hemos visto, el desnudismo es moral o inmoral, según el ambiente en que se practique. Por eso los desnudistas honrados son naturistas al mismo tiempo, porque el contacto íntimo con la naturaleza es la cualidad esencial para que sea imposible que prosperen las tendencias perversas de los impulsos humanos

MEDICINA NATURAL

Los productos humanos y animales.—Los baños de sol.—Cómo curan los salvajes.—Las algas marinas. Los nidos de golondrinas.—El galactágogo más antiguo.—Afrodisíacos vegetales.—La helioterapia moderna.—Las playas artificiales.—Baños y apósitos. El desnudismo como profilaxis y terapéutica.—El dominio de las perversiones sexuales.—Efectos psíquicos del desnudismo.—El estado de salud en las sociedades naturistas.

También han sido los alemanes quienes más se ocuparon en todo tiempo de la medicina natural preventiva y curativa. Los tratados de Kuhne, Vander, Lebchitz y otros naturólogos prestigiosos han logrado una difusión extraordinaria, habiéndose traducido a todos los idiomas.

En esta parte de la obra no vamos a referirnos a la medicina natural en general o, por mejor decir, a la profilaxis y la terapéutica naturistas, ya que para ello se requirirían millares de páginas; pero, esto no obstante, nos ocuparemos de los métodos practicados por los naturistas en lo que se refiere a la sexualidad en sus diversas modalidades, aludiendo a los sistemas que emplean los salvajes con el mismo fin, es decir, para combatir las enfermedades y trastornos de las funciones del organismo relacionadas con la práctica sexual.

En los tratados de medicina de los autores griegos, en los asirios y caldeos, en los indios y en los árabes, ya se encuentran prescripciones y pautas de tratamientos que, a pesar de los modernos progresos de la ciencia de curar, no han perdido actualidad, y hasta puede asegurarse que constituyen el fundamento de muchos aspectos de la terapéutica contemporánea.

La opoterapia u organoterapia, que, hasta cierto punto, puede incluirse en los índices de la medicina natural, es mucho más an-

tigua de lo que se supone. Los pueblos salvajes de Australia, que acaso sean los conservadores de las más antiguas tradiciones de la medicina empírica, combatían la debilidad sexual del hombre haciendo ingerir a los pacientes el semen y las glándulas testiculares de los animales que cazaban o sacrificaban con este fin. En Persia hubo una secta de derviches que prescribían las ingestión de semen humano para prolongar la vida de los ancianos o, cuando menos, su facultad procreadora. Esto se ejecutaba con aquellos ancianos que habían logrado destacarse en el arte, en la guerra o en la caza, con la pretensión de que su estirpe fuese numerosa e inextinguible.

También en la India, especialmente entre los "shiks", los hombres agotados ingerían semen humano, aunque con preferencia se utilizaban los testículos del mono. Las mujeres estériles o poco fecundas comían las huevas de los pescados, y las que no podían amamantar a sus hijos buscaban remedio a sus trastornos ingiriendo glándulas mamarias de mona, de cabra o de oveja.

Con igual fin, y para prevenir la esterilidad, las mujeres chinas y marroquíes acostumbran a comer trozos de placenta, bien desecada al sol o preparada en pasteles o píldoras. En China se combate por este procedimiento la anemia y la clorosis que suelen suceder a los partos cuando ha habido importantes pérdidas de sangre.

En la antigüedad y en la Edad Media la placenta fué empleada con el mismo objeto, según vemos en algunos tratados de medicina y de curanderismo. Igual aplicación se dió a la placenta de cerda, administrada cocida o en píldoras. La escritora y médica italiana Teresa Bianchini dice que en algunas regiones de su país no se ha extinguido por completo esta costumbre. Las gentes se basan en el hábito de las perras de comerse las envolturas fetales inmediatamente después de haberlas expulsado, a lo que atribuyen la abundancia de leche de estos animales.

Ahora bien, la naturoterapia sexológica más antigua y que aún se practica por los indígenas de Asia, Africa, América y Oceanía, se funda principalmente en la energía solar. La "Danza del Sol" de los antiguos araucanos era un rito religioso y una práctica higiénica. Igual costumbre se encuentra extendidísima por todo el mundo salvaje y semicivilizado, especialmente en Oceanía, donde los curanderos prescriben todas las energías de la

naturaleza—sol, agua, aire, etc.—para la curación y la prevención de las enfermedades.

Huelga decir que la condición esencial para lograr los mejores rendimientos ha de ser la práctica del desnudismo, que es como viven dichos pueblos. Un misionero inglés que permaneció treinta años en las islas de la Polinesia, dice que al poco tiempo de llegar se apoderó de él una anemia tan pertinaz, que llegó a temer por su vida. Tres meses más tarde llegó su esposa con intención de cuidarle, pero también sufrió las influencias del clima, declarándosele unas fiebres que eran rebeldes a todo tratamiento.

Los médicos europeos aconsejaron al matrimonio que regresase a la metrópoli, noticia que circuló rápidamente entre los indígenas, los cuales amaban al misionero hasta el extremo de que intentaron oponerse a su regreso a Inglaterra.

Varios de ellos aconsejaron al matrimonio que adoptasen sus mismas costumbres e igual género de alimentación, empezando por practicar el desnudismo. Al efecto requirieron el consejo de un curandero indígena que habitaba en un poblado próximo, pues querían hacer todo lo posible por devolver la salud al matrimonio que tantos beneficios les había hecho, a pesar del poco tiempo que llevaban instalados en la isla.

En efecto, el curandero aseguró al misionero y a su esposa que sólo viviendo en el más íntimo contacto con la naturaleza encontrarían el remedio que no eran capaces de proporcionarles los médicos europeos, garantizándoles que si se sometían a sus prescripciones, "respondía con su vida y la de sus hijos de la salud del matrimonio blanco". Las mismas autoridades inglesas, que tampoco querían privarse de los servicios del buen misionero, le animaron a que siguiese las indicaciones del curandero, y con objeto de que el pudor no fuese el mayor obstáculo, los esposos se trasladaron a una finca que uno de los comerciantes de la colonia poseía a pocas millas de la ciudad, donde podían vivir desnudos con comodidad absoluta.

Dos matrimonios indígenas con sus hijos acompañaron al misionero y su esposa, pues parecía como si aquellas gentes hubieran hecho cuestión de honor devolverles la salud que con ellos habían perdido. El curandero también pasó algunos días en la estancia campestre, celoso de la confianza que en él habían depositado incluso los médicos.

Refiere el misionero que los dos o tres primeros días los pasa-

ron él y su esposa bastante molestos, a pesar de las múltiples atenciones de que les hacían objeto aquellas buenas gentes. El tratamiento empezó de una manera bien curiosa: tenían que permanecer colgados por la cintura de la rama de un árbol sin tocar con los pies en el suelo, y expuestos a los rayos del sol durante media hora, que unos días más tarde se convirtió en hora y cuarto. La mitad del tiempo, o sea mientras estaban suspendidos, tenían que ejecutar diversos movimientos en tanto que el sol les calentaba la espalda, y la segunda parte del tratamiento consistía en permanecer tumbados sobre el suelo, cara al sol, aunque con la cabeza protegida por una sombra. Para evitar las fuertes quemaduras que el sol produce en la piel de los blancos, el mismo curandero les administraba enérgicas fricciones con aceite de coco mezclado con jugo de algas marinas. A los cinco días de tratamiento, el buen misionero y su esposa tenían la piel tan obscura como sus amigos los indígenas.

Pero los síntomas más alarmantes de su enfermedad habían desaparecido, buena nueva que se difundió rápidamente por toda la colonia. "Al conocer nuestros amigos los resultados de los buenos oficios de Kula-Nahama (el curandero)—dice el misionero—, acudieron a visitarnos; pero el celoso guardián de nuestra salud se opuso terminantemente a que recibiéramos visitas "vestidas con esos horribles trapos", según decía él, "porque los vestidos serían suficientes para perder todo lo ganado, ya que los espíritus benéficos se alejarían de aquel lugar". "Esto —añade el misionero—me demostró que mi esposa y yo debíamos nuestra mejoría a las creencias mágicas de aquellos salvajes, y que, al fin y al cabo, no eran más que inspiraciones basadas en las fuerzas curativas de la naturaleza, de las que estos isleños tan bondadosos tienen un concepto que los civilizados no acertaremos jamás a comprender."

El sistma curativo del gran Kula-Nahama hizo pronto tantos prosélitos, que cuando al cabo de un mes dió de alta al misionero y a su esposa, se acordó practicar el desnudismo, costumbre que persistió hasta que la ciencia médica encontró el medio de combatir el paludismo y otras fiebres perniciosas que llegaron a causar algunas víctimas entre los funcionarios y comerciantes europeos de la colonia. No obstante, a pesar del tiempo transcurrido, aún sigue practicándose la desnudez como insustituible medida higiénica.

El mismo autor refiere que a las mujeres se les hacía la vida poco menos que imposible, pues la que no enfermaba de fiebres sufría graves trastornos menstruales, hasta producirse la amenorrea o supresión total de los menstruos. Esta afección la curaba el "médico" indígena mediante baños locales de sol, que la enferma debía recibir en los riñones y en los órganos sexuales. Al propio tiempo administraba cocciones a base de hierbas de propiedades emenagógicas.

La impotencia en el hombre la combatía según su naturaleza; si se trataba de un débil sexual, prescribía una alimentación a base de mariscos y aguardiente de caña en pequeñas y frecuentes dosis. También recurría a la urticación del pene y de la espina dorsal. En los casos de agotamiento producidos por los excesos, se negaba a prestar su ayuda, pretextando que ello era voluntad de los espíritus, a cuyos designios no podía él oponerse; pero, según el misionero, en algunas ocasiones facilitó unas gotas para mezclar con las bebidas, que cree eran extracto del "strycnos tieuté", o sea la estricnina, arbustos que se producían en abundancia en otras islas por generación espontánea.

Con el mismo fin recetaba los baños fríos de impresión y la ducha dorsal también fría. Un médico inglés logró reunir y ordenar debidamente más de 250 fórmulas curativas a base de vegetales y compuestos minerales, en los que figuraban el arsénico y el azufre, así como el yodo, que el curandero extraía por maceración de las algas marinas en aguardiente de caña destilada. Este curandero fué muy conocido de los europeos que habitaron las islas de la Polinesia, pues llegó a escribir un curioso tratado que sirvió de mucho a algunos autores de tratados de medicina tropical.

Los "yakuts" de Siberia emplean desde muy antiguo unos compuestos a base de algas, que ingieren las mujeres que menstrúan con dificultad. Un médico ruso dice que, reconociendo la eficacia del remedio, intentó aplicarlo a las mujeres europeas, pero que no obtuvo resultados satisfactorios, aunque había podido comprobar su extraordinaria eficacia en las mujeres indígenas. La impotencia la combaten por medio de un alimento hecho a base de polvo de huesos de la espina dorsal del bacalao y otros pescados. También usan con el mismo fin cataplasmas de unas plantas marinas que las olas arrojan a las playas y que contienen gran cantidad de fósforo. Estas plantas se recogen en no-

ches obscuras, eligiéndose las más fosforescentes. Para prepararlas, las machacan en unos morteros de piedra, mezclando esta pasta con una cantidad cuatro veces menor de resina de pino marítimo. Según el citado médico, los resultados que se obtienen son muy notables; pero esta eficacia no se obtiene con los europeos fuera de aquella región, aunque sí ha observado curaciones muy notables en varios deportados que llevaban algún tiempo en los presidios de Tobolsk.

Un afrodisíaco que indudablemente guarda bastante analogía con estas algas y los huesos de los pescados son los célebres nidos de golondrinas "salanganas", que no faltan en la mesa de los chinos acaudalados. Estos nidos los construyen dichas aves con algas y unos minúsculos pececillos cuya carne se descompone con facilidad suma, pero sin que por ello pierdan su peso en vivo. Al contrario, parece ser que la descomposición, que no produce un olor repugnante, aumenta el volumen de estos pececillos, que forman una masa carnosa homogénea. De noche se ven perfectamente los nidos, en virtud de su fosforescencia de reflejos rojizos y azulados.

Aunque el nido de salangana es un manjar muy preciado, los médicos chinos los utilizan como base de un enérgico afrodisíaco, después de desecarlos a fuego lento o al sol fuerte, pulverizándolos a continuación en residuos impalpables.

Como galactagogo, a más de placenta humana y de otros animales, emplean los curanderos y médicos chinos el jugo de una planta de tallos rastreros y de fruto parecido al pepino. Este jugo es de color blanco y muy espeso, por lo que tiene gran semejanza con la leche incluso en el aroma. En estado natural, es decir, inmediatamente después de ser extraído de la planta, su sabor es ligeramente dulce, pero al poco tiempo de su contacto con el aire adquiere un gusto parecido al de la leche agria. Si se bebe fermentada en grandes cantidades, suele producir las embriaguez. Este medicamento se emplea en el Bajo Egipto desde tiempo inmemorial, y lo mismo en la India, aunque es posible que su empleo esté más difundido en China, donde seguramente fué introducido por los indios, que lo aprendieron de los egipcios, ya que en un papiro existente en el Museo Británico se hace una alusión fragmentaria a dicho procedimiento curativo.

En los libros de medicina de los antiguos Vedas se contienen diversas recetas a base de productos vegetales para combatir la

impotencia, la esterilidad, el priapismo, la espermatorrea, la blenorragia y otras afecciones y trastornos sexuales. No obstante, no parece que la eficacia de estos tratamientos sea muy notable, a no ser en lo que se refiere a los afrodisíacos hechos a base de especias—canela, clavo, pimienta, nuez moscada, nuez de kola, etcétera—, y que son conocidos especialmente por los musulmanes. La semilla del cáñamo, de la que ya hemos hablado al referirnos a los estupefacientes, se come cruda o tostada por los hombres que sienten desfallecer sus fuerzas genitales. Según los derviches persas, posee diversas propiedades medicinales, pero las más notables son las narcóticas y eufóricas.

Los árabes también emplean el fósforo con objeto de excitar la actividad erótica, recurriendo a los vegetales y a los hidratos de carbono para lograr resultados contrarios.

Todos los procedimientos curativos o preventivos empleados por los pueblos salvajes han servido de base a los naturólogos modernos para establecer los tratamientos adecuados a cada caso.

En primer lugar, el médico austriaco Rikli, que viajó por varios países de Oceanía y América, fué quien propagó en Europa, particularmente en su patria, el culto a la naturaleza. Este médico fué el apóstol de los "baños de aire" y los "baños de sol", considerados desde el punto de vista de un método sistemático e higiénico. El lema de este sabio, que dedicó gran parte de su vida a realizar una intensa propaganda de sus métodos curativos, era: "La ley, la verdad y la libertad son las fuerzas motoras para permitirnos alcanzar el más perfecto desarrollo físico y moral. El hombre no es un pez, y la luz y el aire son las primeras condiciones necesarias para nuestra vida."

El método "Solaria", creado por un médico alemán, y que actualmente está difundido por todo el mundo, no es más que la ordenación científica de los tratamientos empleados hace muchísimos siglos por los salvajes para la curación de sus enfermedades y trastornos. La aportación moderna de los rayos ultravioleta se basa, naturalmente, en los principios curativos de la energía solar. Actualmente existen en todo el mundo magníficos solarios instalados con arreglo a los más refinados métodos científicos, utilizándose soles artficiales por medio de la electricidad. El método Hébert, mucho más reciente, no niega su importancia al tratamiento de las enfermedades y trastornos de

las funciones genésicas por medio de esos soles artificiales, pero demuestra que la luz y el calor del sol natural no pueden ser sustituídos por las más audaces creaciones científicas.

En las playas artificiales de Alemania, que es el país donde más difundidos se hallan estos procedimientos curativos, no se trata de reemplazar al sol con los potentes aparatos eléctricos de sus maravillosas instalaciones; lo que sucede es que, naturalmente, la estación de verano no es todo lo larga que requieren los tratamientos de ciertas enfermedades, como, por ejemplo, la debilidad sexual, y, por lo tanto, no hay más remedio que recurrir a estos artificios, sistema más económico y cómodo y no mucho menos eficaz que lo que supondría el traslado de los enfermos a otros climas donde el verano fuese de mayor duración. Estos "solariums" están destinados principalmente a los niños y a las personas que no pueden desatender sus ocupaciones, pero que disponen del tiempo necesario para tratarse con arreglo a los métodos curativos que más se aproximan, y que sustituyen a los que son perfectamente normales por ser de la naturaleza.

Mientras el Dr. Hébert concede la mayor importancia al baño de sol, Kuhne se muestra más partidario del baño de agua y, muy particularmente, del de asiento a diferentes temperaturas, según los casos. Para esto se utiliza el "tub", que consiste simplemente en un barreño poco profundo y lo suficientemente amplio para poder permanecer sentado dentro de él.

Los naturistas integrales toman el baño en el agua corriente de los ríos y arroyos y, a ser posible, en el mar. El Dr. Kuhne ha pretendido demostrar que todos los trastornos y enfermedades, incluso las de índole específica—sífilis, blenorragia, etc.—se curan exclusivamente por medio de sus baños de asiento, con exclusión absoluta de todo otro tratamiento, ni de específicos ni medicamentos de ningún género. Esta afirmación, que ha sido discutidísima por muchos hombres de ciencia, no ha podido ser negada en todos los casos, ya que el citado hombre de ciencia ha logrado curar con su procedimiento afecciones en que fracasó la medicina usual.

Esta clase de hidroterapia produce inmejorables resultados, lo mismo en la curación de la debilidad y la impotencia que en los estados de hiperexcitación y priapismo, no variando más que la temperatura del agua.

Fundado en este método es el sistema curativo del Dr. Boller

para la debilidad sexual y la impotencia, a base del "Bandaje T", del que ya hemos hablado en otra ocasión. Otro médico naturólogo, el doctor japonés Hato Kumé, prescribe el "apósito de esponja" con el mismo fin. Consiste en aplicarse dos esponjas húmedas, una sobre los genitales y otra en la región sacrolumbar, o bien una lo suficientemente grande para que abarque la región sacrolumbar, la anoperineal y la genital. Este sistema se emplea por sus compatriotas incluso en estado de perfecta salud, como preventivo, taparrabos y adorno, especialmente en las playas, donde es costumbre que hombres y mujeres tomen el baño completamente desnudos.

La finalidad esencial de estos apósitos consiste en tonificar los músculos genitales y perineales y la medula espinal, cuya falta de tonicidad es la causa más frecuente de la impotencia física o de la debilidad sexual, que casi siempre responde al relajamiento de esos músculos producido por el desgaste o, al contrario, por la hipofunción.

Al mismo tiempo, el tratamiento debe relacionarse estrechamente con el régimen de alimentación. Es necesario suprimir en absoluto todos aquellos alimentos cuya digestión sea susceptible de producir un desgaste de energías gástricas, de tanto valor como las que el organismo recobra en virtud de la asimilación de los alimentos digeridos.

Hay otros casos de debilidad e impotencia que no obedecen a trastornos del organismo físico, sino que hay que buscarlos en la psique del individuo. Para esto, francamente, hemos de desconfiar de la hidroterapia como práctica aislada, ya que el trastorno es nervioso y no muscular propiamente dicho.

Entonces nos encontramos con que tanto los métodos de uno como de otro se fundan en la compatibilidad que, según la moral, debe existir entre la salud y las reglas sociales establecidas. Resulta, pues, que todas esas prescripciones aisladas no son más que remedios locales, por así decir, que no pueden reflejarse sobre el estado general del individuo. Por lo tanto, no queda más solución que volver por los fueros del naturismo integral, es decir, por el desnudismo. Hesnard dice que el mejor tratamiento es el que se basa en un ejercicio muscular racional mejor que el deporte, que a veces es perjudicial, cuando no estéril: "una actividad muscular al aire libre y con la menor ropa posible,

preferiblemente al sol". Como vemos, se muestra un poco reacio a prescribir el desnudismo, sobre todo cuando afirma:

"No tratamos de la cuestión del desnudismo considerado como agente de terapéutica o de profilaxis sexual. El desnudismo es un arma de dos filos que, muy recomendable para las gentes sexualmente normales, puede normalizar a los individuos poco afectados por la perversión (como ciertos exhibicionistas), pero también se corre el riesgo de favorecer entre los perversos el exhibicionismo, la mixoscopia y la homosexualidad. El desnudismo no es aconsejable más que en los medios de perfecta sinceridad sexual, si no de perfecto candor erótico. La difusión del desnudismo no podrá realizarse más que mediante la desaparición de los prejuicios antisexuales y el mejoramiento de la libertad de la práctica sexual normal." (Dr. Hesnard, "Sexopathologie".)

Sólo desde un punto de vista completamente equivocado y contrario a las leyes más elementales de la psicología sexual es como puede hacerse una afirmación de esta naturaleza, demasiado chocante en un sabio como el Dr. Hesnard, que si realmente posee mucha ciencia, no es menos cierto que su sabiduría es tanta como su edad.

Cuando se conviene en que la mayor parte de las perversiones y de las enfermedades en general no son más que productos del sistema artificioso de vida impuesto por la civilización, es imposible admitir que el arma terapéutica del desnudismo pueda tener ese segundo filo tan peligroso.

De acuerdo con la lógica más elemental, cabe decir que un exhibicionista, por ejemplo, injertado en una colonia de desnudistas, no encuentra estímulo alguno para la práctica de su pequeña perversión, que no será jamás antisocial, ya que, en todo caso, y por grave que sea su trastorno psicosexual, todos sus compañeros de colonia o de afición serán también exhibicionistas. Demuestra el Dr. Hesnard en este punto desconocer por completo la psicología del exhibicionista, porque el goce que encuentran estos perversos es casi siempre sádico; es decir, que la emoción que experimentan tiene su origen en el disgusto que su actitud puede producir en los demás, y casi exclusivamente en las mujeres, a no ser que una a la perversión exhibicionista la tendencia homosexual. Pero aun así y todo, comoquiera que la exhibición completa de su cuerpo desnudo no produce emoción alguna entre las

mujeres desnudistas y, al mismo tiempo, el perverso tiene ocasión de ver constantemente a los demás hombres, desaparece radicalmente todo atractivo esencial, y así tendríamos que al cabo de equis días, muy pocos, o acaso nada más que horas, el exhibicionista habría dejado de serlo y, por lo tanto, se habría curado de su estúpida perversión por el convencimiento de que la naturalidad de su desnudo no produce esas emociones que fundamentalmente promueven su excitación.

Y del mixóscopo, o sea el "mirón", cabe decir lo mismo. El mirón, entiéndase bien, no encuentra su espectáculo predilecto en la contemplación del desnudo, sino que su actividad psicoerótica se concentra en la visión de escenas privadas, ya se refieran a la sexualidad normal o a cualquier perversión del impulso. El mixóscopo, pues, no encontraría en un campo de desnudistas ese material erotogénico que sólo se ofrece en las casas de prostitución, porque los desnudistas tampoco practican la sexualidad como espectáculo, que es lo que parece creer el anciano Dr. Hesnard. Por otra parte, lo mismo el exhibicionista que el mirón o mixóscopo, son tímidos sexuales, circunstancias que siempre es necesario tener muy presente y no prescindir de ella cuando se trata de estudiar las manifestaciones de la sexualidad de estos pequeños anormales. Lo mismo uno que otro están faltos de energías, son débiles psíquicos, para practicar la sexualidad normalmente. En el fondo de todos sus actos, el "miedo" a la mujer es siempre la base fundamental en la justificación de su actitud, temor que puede tener, a su vez, diferentes causas. Luego si por medio del culto al desnudo en promiscuidad de sexos, acercamos estos individuos a la mujer desnuda, desde el momento en que logren vencer esa resistencia inicial, dato en que tampoco repara el Dr. Hesnard, lo mismo el exhibicionista que el mirón, empezarán a dejar de serlo y a no ser que existan otras circunstancias más graves, habrán recobrado, sin más esfuerzos, la debida normalidad en cuanto a la perfecta orientación presexual.

Mucho más delicado es el caso del homosexual, puesto que el origen de su inversión o de su perversión puede ser biológico. En este caso, huelga decir que la normalidad de los demás desnudistas contrarrestará a su propia anormalidad y, por lo tanto, huelga decir que no tendría más remedio que buscar un ambiente más propocio, sin olvidar tampoco que el homosexual que "quiere curarse" o, por mejor decir, "verse libre" de su anormalidad,

encontrará en la familiaridad con las mujeres el camino más corto de su normalización sexual.

La educación física como medio terapéutico, practicada en estas condiciones, tiene una influencia psíquica general favorable sobre la sexualidad que no es posible negar. El individuo que practica el desnudismo como medida fundamentalmente higiénica y naturista aprende bien pronto a admirar la pláctica corporal del otro sexo, a no ser que sus aspiraciones eróticas se hallen gravemente desviadas por los derroteros de la homosexualidad, en cuyo caso, y encerrándonos dentro de un círculo vicioso, nos encontramos con lo mismo que decíamos antes.

Si la impotencia del individuo es psíquica, la familiaridad con las mujeres (que necesariamente tiene que manifestarse de una manera franca, ya que entre los desnudistas no puede existir ese pudor característico del vestido) le hará comprender que ese temor o esa pusilanimidad que en su existencia anterior de "vestidista" le impedían acercarse al sexo contrario, no tienen ninguna razón de ser. Por lo tanto, habrán desaparecido los obstáculos que más seriamente se oponían al desarrollo normal de sus legítimas aspiraciones sexuales y el ejemplo de los demás desnudistas le servirá de estímulo poderosísimo para empezar a realizar debidamente sus ideales lógicos.

Y si la impotencia es solamente física, es decir, muscular o nerviosa, el régimen de vida completamente sana en pleno contacto con el sol, el agua y el aire, o sean las más fecundas energías de la naturaleza, le devolverán inmediatamente las fuerzas perdidas, sobre todo si esos trastornos obedecían a las excitaciones artificiales del ambiente en que el desnudo se ofrece velado e insidioso, es decir, como un acicate poderoso de la lujuria, el cual desaparece a los pocos momentos de ver el ejemplo de una sociedad de gentes desnudas que a cualquier aspecto de la vida conceden más importancia que a los que se relacionan con la sexualidad.

No hay que olvidar, por otra parte, que estos trastornos de las funciones genitales son casi siempre síntomas, y no enfermedades en sí, de otros trastornos. Está demostrado, además, que la práctica del naturismo no sólo lleva consigo la profilaxis y la terapéutica de las más graves enfermedades, sino que en los pueblos que viven desnudos se desconocen muchísimas dolencias que

entre los vestidos adquieren a veces caracteres epidémicos y con frecuencia mortales.

En las mismas sociedades de desnudistas de Alemania y Austria se ha comprobado que la salud de los miembros de esas colonias no es superada por la de los pueblos vestidos más sanos, y eso teniendo en cuenta que muchos desnudistas empezaron a practicar el naturismo por haberse observado síntomas de enfermedades tan graves como la tuberculosis, y muchos recurrieron a estas prácticas después de haber adquirido alguna enfermedad o hallándose convalecientes.

En la colonia alemana de Gottemburg, que cuenta con 1.111 habitantes, según datos de abril de 1934, los médicos no intervinieron más que en 17 casos, de ellos sólo uno grave en un niño que padeció una infección intestinal por haber comido en abundancia fruta sin madurar. Los restantes carecieron de importancia, y casi todos se registran en niños cuyos padres no observaron con ellos las prescripciones relativas a la alimentación, o bien las criaturas desobedecieron dichas prescripciones, sin que pudiera evitarse. Estando constituída la población por individuos hasta de sesenta años, en seis que hace que existe la colonia no se han registrado más que cuatro defunciones por enfermedad y una por accidente.

Así, pues, está plenamente demostrado, y es innecesario decirlo, que sólo volviendo por los fueros del naturismo en que vivieron nuestros remotos antepasados y viven aún muchos pueblos de civilización más práctica que la nuestra, es como el género humano podrá disfrutar de una salud perfecta del cuerpo y del alma, que parecen haber perdido las sociedades modernas.

SEXUALIDAD Y DEPORTE

La nueva biología.—El deportivismo profesional. Sus perjuicios sociales y morales.—Promiscuidad sexual deportiva.—Relaciones del deporte con la sexualidad.—Cualidades físicas e intelectuales.—Aspecto espectacular del deportivismo sexual.—Deportivismo y pornografía.—El baile y su influencia en el organismo sexual femenino.—El ejercicio violento, factor antibiológico.—Necesidad del ejercicio racional para la sexualidad femenina.

Entre las normas etiestéticas del vestido y el desnudo, los dos extremos en que se apoya la moral sexual contemporánea, el deporte viene a ser el término medio que armoniza las dos tendencias opuestas, concediéndolas tanto a la salud del alma como a la del cuerpo.

La gran importancia higiénica del naturismo, práctica que permite el verdadero equilibrio natural del organismo humano en sus diversas manifestaciones, se refleja en el espectáculo altamente edificante de esas colonias de desnudistas, donde un régimen severamente aliado de la Naturaleza reduce al mínimum el volumen de las excitaciones que son lógicas, ya que no naturales, en el ambiente artificioso de la vida de relación, que se apoya en conceptos faltos de bases biológicas. Y hasta puede decirse, si se quiere, que esas deformaciones de lo natural dan lugar al surgimiento de una nueva y extraña biología: por ejemplo, los fetichistas del vestido, que se mostrarían impotentes a no ser por la visión de una prenda de vestir determinada, que viene a reemplazar en su psiquismo a las excitaciones naturales del sentido genital.

El procedimiento más útil, aparte el naturismo, de contrarrestar los efectos perniciosos de la constitución de la sociedad, consiste en la práctica del deporte como medida higiénica, lo que debemos diferenciar del deportivismo profesional hoy tan en boga, y que no pasa de ser más que un oficio de profesión tan efímera

como es la vida de los deportistas, individuos socialmente inútiles que, después de su actividad, acaban por no servir para nada. "Todavía no se ha dado el caso—dice Marañón—de un deportista de primera magnitud que, una vez recorrido el ciclo, siempre breve, de sus triunfos, sirva después para nada de provecho."

No queremos, por lo tanto, hablar del deportivismo profesional elevado a la categoría de una religión que alientan, insensatamente, muchos sectores de la intelectualidad, sembrando las más perniciosas semillas que dificultan, cuando no imposibilitan, el desarrollo intelectual de la juventud que, atendiendo sólo a esas manifestaciones del profesionalismo, llegan en su estupidez al extremo de olvidar su propia personalidad, que se concreta a la admiración de tales proezas, alimentando las más fatales inclinaciones acerca del concepto de la fraternidad humana. En el reciente encuentro entre futbolistas españoles e italianos se ha evidenciado esa enorme idiocia colectiva en unos términos, que hacen de todo punto imposible pensar en la seriedad de un pueblo... Yo he visto a unos individuos, al parecer, hombres, que lloraban como damiselas histéricas "porque le habían metido un "goal" a Zamora". Si todo esto no no fuera lamentable, diríamos que era francamente ridículo. Al propio tiempo, algunos periódicos populacheros—no populares—, arrojando carnaza a las fieras, insertaban noticias y anécdotas groseras e irrespetuosas, no ya para los jugadores contrarios, sino para el país donde habían tenido lugar los encuentros. Así, un diario decía que "11 leones españoles habían contendido contra 11 fascistas italianos y 40.000 fanáticos", y otras imbecilidades por el estilo. Al fin y al cabo, unos y otros somos meridionales, aunque ese meridionalismo debe tener sus límites justos...

Este no es, pues, el deporte, como tampoco es amor ni es noble sexualidad lo que se practica en los prostíbulos. Los estadios deportivos no pierden nada al ser comparados con las casas de prostitución, y es fácil que aún ganen mucho.

Hay otro deporte y otra sexualidad que no están prostituidos hasta esos extremos, y de cuya utilidad higiénica, moral y fisiológica no cabe dudar un instante, ya que, por fortuna, de paso que fomentan el desarrollo normal de la personalidad, sirven de contrapeso en la balanza en cuyo otro platillo no hacen más que pesar los pesos muertos.

Este es el "amateurismo deportivo", el deporte por afición,

que sirve para tonificar el músculo y elastificar el alma, sacándola fuera de los moldes tradicionales. El deportivismo útil, que es otra de las modalidades de la revolución promovida por la guerra en todos los órdenes de la actividad social, material y psicológica, se presentan unas veces como la causa, y otras como el efecto de la libertad sexual de la juventud, en cuyo fondo se destaca con vigorosos caracteres la rebeldía de la mujer, que se burla de la vieja moral, convencida de que aquellos cánones no se traducían en beneficios para la salud de su cuerpo y de su espíritu.

La promiscuidad deportiva de los sexos ha hecho más por la nueva generación que todas las predicaciones de los sociólogos y moralistas. Llegándose a la competición del músculo, se ha llegado también a la competición del intelecto, y lo mismo que una joven triunfa en un estadio deportivo en la práctica de aquellas modalidades del "sport" que son compatibles con la ética y la estética de su sexo, logra éxitos iguales a los del varón, o más importantes aún, en la Universidad, en el Foro, en la Medicina, en la oficina, en la fábrica o el taller. Ya no existe aquella vieja y arbitraria separación de los sexos que se estableció, en principio, en las iglesias, donde hombres y mujeres debían asistir a los oficios separados por una verja de hierro, creyéndose, cínica e insensatamente, que la mujer era una constante tentación para el hombre, que siempre estaba expuesto a incurrir en pecado.

Luego, a medida que las necesidades económicas de la existencia fueron haciéndose más agudas, la mujer, que ya había abandonado su celda hogareña en vista de que el sustento había que buscarlo fuera, empezó por borrar las diferencias que la moral tenía establecidas entre los sexos. El hombre no vió con agrado esta invasión, este asalto sistemático a sus actividades y a lo que creía de su exclusivo dominio. Pero, en cambio, encontró una compensación con la agradable presencia del sexo "enemigo", del que pronto se hizo, francamente, el mejor amigo.

Respecto al deporte, lo único que estaba tolerado a la mujer era bañarse en las playas veraniegas, única ocasión de mezclarse con los hombres, aunque vestida con más ropas que las que se requerían para asistir a las fiestas de sociedad. Cuando hacia el año de 1916 se presentó en la playa de la Concha de San Sebastián la artista Elena Cortesina enfundada en un "maillot" negro, que no dejaba ver más carne que la del rostro, se armó un

revuelo tal, que no hubo periódico que no dejase de comentar la extraordina proeza de aquella mujer, que desde entonces empezó a triunfar también como artista. La entrada y la salida del baño de la Cortesina fué un espectáculo que no había previsto la Comisión de atracción de veraneantes. Aquel verano, las casas que vendían objetos de "Recuerdo de San Sebastián" se dedicaron a expender postales de la Cortesina, que cada veraneante guardó como una reliquia. Al año siguiente se adoptó el uso del "maillot", mientras los jesuítas protestaban de aquella "inmoralidad", protesta que se mantuvo viva y que dió lugar a la adopción de medidas de policía hasta la implantación de la República.

En la actualidad, las cosas han variado bastante en todo el mundo. Aunque en España no hay duda que se va a la zaga en la aceptación de toda audacia en le desvestido, el antiguo "maillot" ha sido substituído por un taparrabos y un tapapechos, indumento que acabó por convertirse en vestido único para la playa, la calle y el campo en las ciudades porteñas y en la montaña.

Tal ha sido la evolución, sintéticamente expuesta, de la aproximación al naturismo en lo que al indumento afecta, pues todo queda reducido a la ocultación de los centros de máxima atracción erótica, sistema que, dicho sea de paso, no tiene más finalidad, en lo que a la mujer se refiere, que hacer resaltar esos caracteres sobre la línea desnuda.

Si las leyes de Licurgo volvieran a tener vigencia en las sociedades cultas, el deporte perdería uno de sus principales atractivos. Aquellos jóvenes de ambos sexos de la inmortal Esparta hubieron de adoptar, por imposición del sabio legislador, el desnudismo absoluto. No era posible ninguna competición deportiva ni ningún ejercicio gimnástico mientras los concursantes usasen la menor prenda. Los hombres, como medida higiénica, llevaban un sumario taparrabos, que no tenía otra misión que la de proteger los órganos genitales contra las posibles consecuencias de los ejercicios violentos, lo mismo que hace muchos cientos de años emplean los salvajes de todo el mundo y los desnudistas civilizados. Pero la mujer, en virtud de la disposición natural de sus órganos, no tenía nada que protegerse y, por lo tanto, actuaba desnuda.

Claro es que en esta cuestión se hace necesario distinguir dos aspectos: uno, el que se refiere al deporte como práctica, y otro, el que considera las expresiones deportivas como espectáculo.

En el primer caso, el deporte no tiene más que una relación muy vaga con la sexualidad, porque, subjetivamente considerado, el deportista atiende a su propio yo, absorbiendo toda su atención el ejercicio que realiza. No obstante, cuando se ejecuta como espectáculo o, por mejor decir, cuando se trata de hombres deportistas que actúan ante un público en el que hay mujeres, la presencia de éstas constituye un estímulo de primera magnitud en ciertos casos, estímulo que se sobrepone a todos los razonamientos y consideraciones del amor propio, que queda subordinado a la inspiración del amor ajeno. Esta circunstancia se observa en los juegos de los pueblos primitivos, cuyos participantes masculinos emplean este recurso de una manera instintiva como arma poderosa en el galanteo. Recíprocamente, como consecuencia lógica, esas expresiones sirven a las mujeres de punto de apoyo en la selección sexual.

Ahora bien, cuando las manifestaciones deportivas tienen lugar entre jóvenes cuya selección sexual ha llegado a su fin, ese elemento preerótico no desempeña ningún papel, siendo reemplazado por el objeto netamente deportivo.

Para que el deporte en sí, es decir, independientemente del profesionalismo, cumpliese su cometido higiénico, sería necesario que se practicase en grupos unisexuales. Pero, en tal caso, su utilidad se limitaría al desarrollo de la personalidad física, esto es, del músculo exclusivamente; mas como se hace necesario, según las condiciones actuales de la vida, que al mismo tiempo se desarrollen las cualidades morales, de ahí que todos los educadores de la juventud hayan considerado imprescindible esa promiscuidad sexual que facilita la elección y la selección, haciendo, como mediante el desnudismo, que las relaciones entre los individuos de diferente sexo se establezcan sobre bases de absoluta confianza y franqueza. (Lámina IV.)

Está suficientemente demostrado que en las sociedades o colectividades deportivas promiscuas las modalidades de la inquietud sexual no se acusan de la forma que se observan en grupos no deportivos o sociedades dedicadas, por ejemplo, al cultivo de una ciencia o de un arte. La constitución de los grupos deportivos en las universidades, sistema que iniciaron los americanos y que se extendió rápidamente a todos los países civilizados, trajo consigo innumerables ventajas en el orden ético, aparte de las que naturalmente habían de derivarse en el terreno de la higie-

ne. Esta coeducación deportiva, que ha sido y es aún muy discutida, produce una especie de virilización en la mujer, que se traduce en una defensa instintiva contra las excitaciones sexuales que pudiera experimentar el hombre. Por mejor decir, tal promiscuidad origina en el sexo femenino un afán de emulación de las energías del sexo contrario en términos generales. Esta es la resultante de esa supuesta virilización, único aspecto en que la mujer se iguala con el hombre, por lo menos durante el tiempo invertido en la práctica de los torneos, en que se evidencia una rivalidad notable que impide el desarrollo de la sensualidad fuera del terreno específicamente deportivo.

En estas competiciones—tenis, natación, salto, carreras, etc.—, de las que naturalmente se excluye toda modalidad violenta y brutal—boxeo, fútbol, lucha—, la mujer puede participar, y participa, sin que en ello haya detrimento para su feminidad. Nada de esto exige grandes dispendios de energía muscular, siendo sólo, o preferentemente, la destreza, la habilidad o la astucia las cualidades esenciales requeridas. Entonces, como se ve, el sexo es lo de menos y, por lo tanto, estas diferencias antropológicas pasan a ocupar un plano secundario. La muchacha cifra su orgullo en mostrarse, por lo menos, igual al hombre, pero nunca inferior, lo mismo que ocurre en las aulas donde ambos atienden a su formación intelectual. Todo estriba fundamentalmente en ese afán de superación promovido por los más plausibles estímulos. La mujer, que no encuentra nada inasequible para las energías de su sexo, trata de vencer al hombre; éste, que ve su hegemonía amenazada, hace lo posible por superarse y no dejar que su rival gane terreno, "porque es una mujer". Y mientras ella piensa que él no debe vencer por el solo hecho de "ser un hombre", de ahí la competencia, de ahí el estímulo, de ahí, en una palabra, el valor de todas las energías puestas en juego, que brotan impetuosas y edificantes de los manantiales del más noble amor propio.

El entusiasmo culmina cuando los dos sexos dejan de ser rivales para convertirse en enemigos. Esta enemistad, si queremos denominarlo así, absorbe por entero la atención de los escolares que se forman juntos al mismo tiempo: de una parte, la intelectualidad; de otra parte, lo físico. La suma es una moral especial y codiciosa de saber, de superarse los unos a los otros. Esta actitud dura tanto como la preparación de la carrera, como la lucha

por el puesto desde el que más tarde ha de ganarse la vida. Y luego, al fin de la carrera, con el título en el bolsillo, llega la hora en que las pasiones están faltas de aquellos estímulos de tan extraordinario valor moral y físico, y en ese reposo, en ese descanso de la enconada lucha, los antiguos rivales, que han aprendido a conocerse y, secretamente, a admirarse, se encuentran frente a frente, pero ante el camino que a cada uno le señala la vida. Y entonces, como no es posible olvidarse de aquellos antiguos rencores, los rivales se convierten en amigos, y con las manos unidas y las almas juntas advierten que aquella rivalidad se ha convertido en amor y en afán de colaborar, de luchar juntos por un ideal común...

Estas son las ventajas del deporte promiscuo. Esto lo saben los educadores de la juventud, tanto como lo ignoran los supuestos campeones de la moral, que no ven más que la hidra del pecado por todas partes, y que, al mismo tiempo, es como el monstruo alucinante que atiza todas sus decadentes lujurias. Un "moralista" de este tipo protestó ruidosamente en un periódico reaccionario de que varias jóvenes universitarias hubiesen logrado un triunfo sobre otro equipo masculino. El protestante terminaba su escrito con esta frase: "¿Adónde vamos a parar?" Y le contestó un cronista deportivo: "Usted, al Museo de Ciencias Naturales, al lado del dinosaurio, y nosotros, hacia una raza mejor y menos hipócrita, más sana de cuerpo y más fuerte de alma."

El aspecto espectacular del deporte se relaciona más con la sexualidad. En el fútbol, por ejemplo, ciertas mujeres y todos los homosexuales pasivos encuentran motivos de excitación en la contemplación de la forma y el movimiento de los actores, desentendiéndose en absoluto de la significación del juego, que no comprenden. Estos espectadores pertenecen a la categoría de los mixóscopos más inofensivos desde el punto de vista social, aunque psíquicamente sean los más refinados y peligrosos, sobre todo en la esfera del autoerotismo. Igual sucede en los espectáculos de lucha grecorromana, que son los preferidos por los invertidos afeminados. Aquí es donde más claramente se evidencia el fondo masoquista de la admiración por la fuerza como una de las características esenciales de la selección sexual en la mujer, emoción que, naturalmente, se hace extesiva a los invertidos.

Estos y las mujeres—que desde el punto de vista de la psicosexualidad representan una unidad homogénea—constituyen el

público menos apasionado de estos espectáculos de actores masculinos. La atracción deportiva del espectáculo es completamente nula, puesto que el interés es únicamente erótico. El actor se convierte en fantasma del espectador, sea del bando que fuere: basta sólo con que produzca la sensación de fuerza, reflejada en los gestos, en las actitudes o en la musculatura.

Este género de mixoscopia representa uno de los motivos de la atracción de las playas naturales y artificiales, y, muy especialmente, de estas últimas. La mayor parte del público que no toma parte activa en los juegos y deportes acuáticos puede compararse con el que llena las primeras filas de butacas de los teatros de revistas frívolas, formado en su mayor parte por decadentes y hastiados o tímidos y débiles sexuales. En ciertos teatros de Madrid y de otras grandes ciudades, los habituales ocupantes de esas primeras filas representan una rica cantera de material psicopático para el estudio de las diferentes modalidades del impulso sexual anómalo. Estos mismos elementos suelen ser, al mismo tiempo, los organizadores de esos hueros concursos de belleza estival, para los que las concursantes precisan, no de la belleza del rostro, sino de la habilidad de los modistos confeccionadores de "maillots".

La estación y el ambiente hacen posible la organización de los concursos de pantorrillas, de muslos, de pechos o de nalgas, que atraen a una enorme cantidad de desequilibrados sexuales, ávidos de experimentar esas emociones derivadas de una pornografía grosera y descarada que alientan los propietarios de ciertos establecimientos valiéndose de las prostitutas que, completamente vestidas, no pueden obtener los mismos éxitos sirviendo de sostén a las esquinas.

Una casa de modas organizó en una playa francesa un concurso de "maillots" "sintéticos" (?) El primer premio fué adjudicado a una artista del "Folies", que por toda vestimenta llevaba dos mariposas de terciopelo negro que la cubrían los pechos, y un pensamiento del mismo material colocado sobre el sexo. El concurso tuvo lugar en un gran casino, en el que se colocaron 2.500 sillas, puestos que se vendieron a 200 francos, sin que quedase uno solo vacío. Estos papanatas podían haber presenciado el mismo espectáculo en un "cabaret" por 10 ó 15 francos; pero el "ambiente" era el todo en aquella ocasión.

Muchas Sociedades deportivas prescinden de realizar exhibiciones públicas, convencidos sus miembros de que la mayoría de los espectadores no acuden a estos festivales más que guiados por un deseo morboso. Esta misma actitud la observan los desnudistas al prohibir en absoluto las visitas "vestidas" en sus campos.

En cuanto al deportivismo relacionado con la higiene sexual, no cabe duda que todas sus variaciones, al ejercer una notable influencia sobre el sistema muscular y nervioso, deben considerarse altamente beneficiosas, siempre que obedezcan a un plan metódico y no absorban por entero todas las energías y actividades.

En muchos países se ha hecho obligatorio el deporte para el personal de talleres, fábricas y oficinas, es decir, para los jóvenes de las clases trabajadoras, después de comprobarse que el sistema neuromuscular está sometido a una tensión constante en virtud del trabajo a que se dedican.

Un médico de Baltimore demostró hace muchos años que la causa de las menstruaciones dolorosas de las jóvenes solteras había que buscarla en la falta de ejercicio físico y de descanso del sistema nervioso. Otra doctora americana dice que consideraba beneficiosísima la costumbre de las mujeres de los pueblos españoles, "que tienen el hábito dominical de realizar ejercicios gimnásticos en la plaza pública". Debe referirse, sin duda alguna, a los bailes, y remontarse a una época bastante antigua, cuando, en realidad, el tambor y la dulzaina parecían ser las reminiscencias de las antiguas costumbres medievales, cuando las mujeres bailaban separadas de los hombres. Atribuye a estos ejercicios "la causa del maravilloso vigor físico de las mujeres campesinas españolas".

Un médico inglés considera de trascendental importancia la conducta de muchos educadores al obligar a las niñas de los colegios a tomar parte en todos los juegos de los niños; pero otro autor, también inglés, considera que este procedimiento es equivocado y de resultados nocivos. "En Inglaterra—dice—, sobre todo, donde los movimientos de las mujeres carecen de gracia y espontaneidad, es esencialísimo evitar todo cuanto pueda aumentar y acentuar estas deficiencias, pues el vigor, que implica violencia, produce una falta de coordinación neuromuscular." Aconseja, como deportes más adecuados a la especial constitución de la mujer, la natación y el baile y otros ejercicios que no son vio-

lentos. Considera que los bailes populares son los preferidos, siempre que se practiquen al aire libre y de una manera ordenada y sin violencias.

En muchos países salvajes y en algunos civilizados que han copiado de aquéllos, el baile se representa tanto en la educación física como en la selección sexual. Estos bailes ofrecen la particularidad notable de permitir las contracciones de todas las grandes masas musculares del cuerpo, por lo que su influencia se advierte en el desarrollo de los órganos de la respiración, circulación y nutrición.

En cuanto a las niñas, tales movimientos tienen la ventaja de no producir fatiga. Los bailes suelen ser imitativos de algún trabajo, como, por ejemplo, la siega, la costura, el lavado de ropa, etcétera, por lo que reciben el nombre de "baile de la segadora, de la costurera, de la lavandera", etc. Estos movimientos neuromusculares, expresión higiénica de tales bailes, son muy antiguos, y no puede negárseles su carácter biológico, ya que, en realidad, compendian toda la historia neuromuscular del hombre.

No somos partidarios del deporte violento para la mujer, aunque no hay más remedio que reconocer las enormes ventajas que encierra para el hombre. Si la mujer no tuviese la misión de procrear, no cabe duda que los inconvenientes serían mínimos; pero hay que tener en cuenta que el útero es un órgano delicadísimo, cuyo peso es variable según las épocas, y, por lo tanto, está expuesto a sufrir desviaciones o daños muy graves.

Esto se ha demostrado en mujeres que, haciendo una vida atlética y robusta, les ha llegado la hora de parir y sólo han podido hacerlo a costa de extraordinarios trabajos, que pusieron en peligro la vida del niño. Sucede esto a consecuencia de la inercia uterina, así como vesical, durante el trabajo del parto, porque el desarrollo de los músculos voluntarios se refleja siempre sobre el de los involuntarios que forman el órgano uterino.

El Dr. Engelmann, que dedicó gran parte de su ciencia al estudio de este interesante aspecto de las relaciones del deporte con la sexualidad femenina, dice: "Parece ser un hecho el que las mujeres que ejercitan todos sus músculos con constancia encuentran más dificultades en el parto. Ciertamente que el desarrollo excesivo del sistema muscular no es favorable a la maternidad, porque el desarrollo del músculo, de las inserciones musculares y del armazón óseo conduce hacia una aproximación al hombre."

No obstante, esta opinión puede discutirse, porque si realmente se ejercitan "todos los músculos", es decir, que el desarrollo de unos no se efectúa a expensas de otros, no puede haber ningún inconveniente en aconsejar a la mujer esos ejercicios, ordenados e inteligentes, siempre que no puedan producir esos trastornos uterinos que siempre debemos considerar perniciosos.

Lo importante, pues, en vista de que, por ejemplo, las campesinas y mujeres habituadas desde niñas a un trabajo regular que produce un desarrollo muscular gradual y difundido no tienen partos difíciles y son generalmente aptas para la maternidad, lo importante, repetimos, sería habituar a las niñas a esos ejercicios desde los primeros años de la vida, a fin de obtener esos mismos resultados que naturalmente obtienen las campesinas.

Cuando el deporte empieza a practicarse coincidiendo con el comienzo de la vida sexual, es decir, a partir de la pubertad, que es lo que generalmente ocurre, no tiene más remedio que ser, si no nocivo, incompleto en sus resultados. Los defectos respiratorios y abdominales son la consecuencia de la práctica tardía, y ello es lo que resulta más nocivo para la mujer que algún día ha de verse obligada a cumplir con los deberes de la maternidad. En la mujer deportista moderna, los puntos más débiles son los músculos respiratorios del pecho—que nada tienen que ver con un seno firme y clásico—con los de los brazos, y los de la espalda con los músculos complementarios del abdomen.

Pero bien, como resumen de toda la anterior discusión vemos que el deportivismo, considerado desde el punto de vista meramente higiénico y necesario para compensar las pérdidas orgánicas consecuentes a las necesidades de la vida civilizada, es, por otra parte, un sucedáneo del naturismo, esto es, de la existencia en el más íntimo contacto con las energías de la Naturaleza, fuentes de salud moral y física de importancia insubstituible. Pero reconozcamos también que la práctica del desnudismo, que sería el ideal perfecto de la humanidad, es por ahora imposible: son razones no sólo morales, sino de índole económica y social —que es la suma de ambas—lo que dificulta el poder desenvolverse más a tono con las necesidades naturales del individuo.

Ahora bien, aun dentro de esa difícil situación es muy posible someterse a las leyes naturales en aquellos aspectos que mejor

pueden compatibilizarse con el régimen de vida impuesto por las circunstancias generales de la existencia.

Si el naturismo integral no puede practicarse más que por una minoría, el deportivismo es fácil llevarlo a la práctica, aunque no sea más que durante unas horas al día o un día a la semana, en todo tiempo y en toda edad, desde la más temprana preferiblemente.

Todo esto, que tan directamente afecta a la salud general del organismo, se relaciona íntimamente con el porvenir de la raza. Y más que nada, sus más importantes efectos se reflejarían, como se ha comprobado siempre, en la parte sexual de la vida, destruyendo tabús y anulando prejuicios; creando entre los sexos esa confianza imprescindible a la más noble y útil familiaridad social y biológica, como el basamento más sólido de otra humanidad más sana de cuerpo y, por lo tanto, mucho más fuerte de alma.

ÍNDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

NATURISMO Y SEXUALIDAD

El vestido y la mojigatería.—Imaginación y visualidad.—Erótica y biología.—La decencia de los genitales.—La superstición como causa del pudor.—El desnudo de la mujer en la naturaleza.—El taparrabos como emblema de estado.—Evolución del vestido. Su naturaleza erótica.—Inmoralidad manifiesta de las modas femeninas.—El salto atrás.—El incentivo sexual.—Facilidad de habituarse a la desnudez.—Actitud de los dos sexos..... 9

PAPEL SOCIAL DEL CULTO AL DESNUDO

La mojigatería contra el naturismo.—Las relaciones sociales entre los "wagandas".—Las leyes de Licurgo.—La desnudez entre los espartanos.—El fundamento de la insinceridad en las relaciones sociales.—El desnudismo en las religiones.—Los Adamitas y el espíritu libre.—La imposición del vestido.—La elección sexual.—Concursos de belleza. Consecuencias del abandono del desnudismo.—La curiosidad infantil.—El dominio de los instintos... 21

LA VIDA EN LOS CAMPAMENTOS DE DESNUDISTAS

Las películas que defraudan al público.—El encanto erótico del desnudo.—Un campamento de naturistas. — Los ejercicios matinales. — Alimentación, educación y deportes.—La castidad natural.—Los juegos infantiles.—La belleza de la forma.—La belleza de la mujer es incompatible con la procreación.—Higiene sexual.—Cuidados de los recién nacidos.—Principios de orientación profesional.—Los clubs de desnudistas y su significación..... 39

pueden compatibilizarse con el régimen de vida impuesto por las circunstancias generales de la existencia.

Si el naturismo integral no puede practicarse más que por una minoría, el deportivismo es fácil llevarlo a la práctica, aunque no sea más que durante unas horas al día o un día a la semana, en todo tiempo y en toda edad, desde la más temprana preferiblemente.

Todo esto, que tan directamente afecta a la salud general del organismo, se relaciona íntimamente con el porvenir de la raza. Y más que nada, sus más importantes efectos se reflejarían, como se ha comprobado siempre, en la parte sexual de la vida, destruyendo tabús y anulando prejuicios; creando entre los sexos esa confianza imprescindible a la más noble y útil familiaridad social y biológica, como el basamento más sólido de otra humanidad más sana de cuerpo y, por lo tanto, mucho más fuerte de **alma.**

ÍNDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

NATURISMO Y SEXUALIDAD

El vestido y la mojigatería.—Imaginación y visualidad.—Erótica y biología.—La decencia de los genitales.—La superstición como causa del pudor.—El desnudo de la mujer en la naturaleza.—El taparrabos como emblema de estado.—Evolución del vestido. Su naturaleza erótica.—Inmoralidad manifiesta de las modas femeninas.—El salto atrás.—El incentivo sexual.—Facilidad de habituarse a la desnudez.—Actitud de los dos sexos..... 9

PAPEL SOCIAL DEL CULTO AL DESNUDO

La mojigatería contra el naturismo.—Las relaciones sociales entre los "wagandas".—Las leyes de Licurgo.—La desnudez entre los espartanos.—El fundamento de la insinceridad en las relaciones sociales.—El desnudismo en las religiones.—Los Adamitas y el espíritu libre.—La imposición del vestido.—La elección sexual.—Concursos de belleza. Consecuencias del abandono del desnudismo.—La curiosidad infantil.—El dominio de los instintos... 21

LA VIDA EN LOS CAMPAMENTOS DE DESNUDISTAS

Las películas que defraudan al público.—El encanto erótico del desnudo.—Un campamento de naturistas. — Los ejercicios matinales. — Alimentación, educación y deportes.—La castidad natural.—Los juegos infantiles.—La belleza de la forma.—La belleza de la mujer es incompatible con la procreación.—Higiene sexual.—Cuidados de los recién nacidos.—Principios de orientación profesional.—Los clubs de desnudistas y su significación..... 39

Páginas

MEDICINA NATURAL

Los productos humanos y animales.—Los baños de sol.—Cómo curan los salvajes.—Las algas marinas. Los nidos de golondrinas.—El galactágogo más antiguo.—Afrodisíacos vegetales.—La helioterapia moderna.—Las playas artificiales.—Baños y apósitos. El desnudismo como profilaxis y terapéutica.—El dominio de las perversiones sexuales.—Efectos psíquicos del desnudismo.—El estado de salud en las sociedades naturistas..... 51

SEXUALIDAD Y DEPORTE

La nueva biología.—El deportivismo profesional. Sus perjuicios sociales y morales.—Promiscuidad sexual deportiva.—Relaciones del deporte con la sexualidad.—Cualidades físicas e intelectuales.—Aspecto espectacular del deportivismo sexual.—Deportivismo y pornografía.—El baile y su influencia en el organismo sexual femenino.—El ejercicio violento, factor antibiológico.—Necesidad del ejercicio racional para la sexualidad femenina..... 65

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Desnudismo y sexualidad..... 32

LAMINA II
El tocador desnudista..... 33

LAMINA III
El desnudismo y el frío..... 48

LAMINA IV
El deporte y el sexo..... 49